

APUNTES SOBRE LA AUTONOMIA OBRERA



Este volumen recoge cuatro textos acerca de la autonomía obrera y de los grupos autónomos.

El primero fue escrito por Henri Simon en 1974 a partir de un encuentro en Boulogne entre compañeros de Inglaterra y Francia pertenecientes a los grupos Solidarity e I.C.O.

El segundo, aparecido en 1977 en *Collegamenti operario*, nº 1, y el tercero escrito en 1978 en París, los hemos extraído del folleto *L'autonomie* editado por *Spartacus*.

El cuarto lo hemos elaborado nosotros para la presente edición

Realización: Etcétera

Edita: Roselló Impressions, P.E 1620/76.

Imprime: Sociedad Cooperativa Queimada

Depósito Legal: M-13361-1979

I.S.B.N: 84-85351-20-7

Correspondencia: Etcétera

Apartado de Correos 1363
Barcelona.

A MODO DE INTRODUCCION

El término AUTONOMIA se ha puesto de moda entre nosotros: los autónomos, el movimiento autónomo, los grupos autónomos, la autonomía directa, la autonomía obrera o proletaria, la corriente, la tendencia, el área de la autonomía, etc. Y nos tememos que haya sido porque es una palabra que no significa nada, que sirve sólo para acuñar una nueva etiqueta a la que apuntarse.

La lectura que aquí proponemos de cuatro artículos sobre la AUTONOMIA, escritos desde Italia, Francia y España, creemos puede servir como elementos de crítica para un debate, más allá de aquella moda.

Creemos pues preciso el evitar por todos los medios de teorizar un concepto, una etiqueta, una novedad, una moda. Por el contrario, hay que criticar a fondo esta tendencia generalizada a concebir la AUTONOMIA como una teoría - una "conciencia de clase" en terminología clásica- , y limitarse a captar en ella un movimiento real, una práctica de la clase, una característica de las luchas modernas.

Ciertamente, decir que unas determinadas personas, gentes o países son o fueron o vuelven a ser *autónomos* en sus luchas, no ayuda mucho a clarificar el significado de lo que intentamos expresar: dentro de esta palabra caben significados extremadamente diversificados. Sin distanciarnos en el espacio-tiempo que nos tocó vivir, limitándonos a observar de cerca, desde dentro si es preciso, las experiencias más recientes vividas aquí en el Mediterráneo occidental (en Francia, España o Italia, por ejemplo), la confusión es notoria.

Las más dispares tendencias se apellidan *autónomas* aunque no tengan nada en común entre ellas, hay mil y una formas distintas de entender qué quiere decir AUTONOMIA. Como si ser *autónomo* quisiera decir algo... Como si la palabra AUTONOMIA no fuera una noción abstracta, un *comodín* para significados múltiples, según las conveniencias del momento.

Para aplicar adecuadamente el calificativo de *autónomo* hay que tener bien claro que los autónomos no nacen, se hacen: o sea que no se es simplemente "autónomo", un punto y basta, sino que se es o se deviene AUTONOMO DE... mediante un complejo proceso evolutivo. El mundo no se divide en buenos y malos como no se divide en *autónomos* y *dirigistas*.

Así pues, lo primero que hay que formular para entrar en tema son las clásicas preguntas que caracterizan toda información y noticia, las "6 W" de la AUTONOMIA: que Autonomía, es decir Autonomía dónde, Autonomía cuándo, Autonomía cómo, Autonomía por qué. Y, sobre todo, se trata de la pregunta definitiva, Autonomía de quién...

Nadie es *autónomo* a secas, a lo sumo es *autónomo de*: autónomo de alguien, autónomo de algo. Por eso decimos que hablar de "*¿Qué Autonomía?*" equivale a preguntarse no sólo el dónde-cuándo-cómo-por qué sino esencialmente dejar bien sentada esta pregunta: "*¿Autonomía de quién?*" Poco tienen que ver las prácticas, las experiencias, las luchas, los ensayos organizacionales que mueven a una serie de tendencias en Italia a hacerse AUTONOMOS DE las grandes centrales sindicales, o en Francia a hacerse AUTONOMOS DE los servicios de orden militantistas que, hasta no

hace mucho, ostentaban el control de las movilizaciones más o menos izquierdistas o radicales del género que fueran, con lo que nos preocupa aquí ahora.

Porque en los pueblos y naciones de España una cosa fue lo que se intentara en la larga noche de la clandestinidad, los repetidos intentos de ir más lejos, de ser de hecho AUTONOMOS DE la oposición mediante "comisiones obreras", AUTONOMOS DE las CC.OO. establecidas cuando éstas dejaron de ser experiencias autónomas, AUTONOMOS DE las diversas tendencias autonomizantes que así surgían, AUTONOMOS DE ensayos diversos a lo largo de estos dos o tres últimos años en condiciones de una cierta "permisividad" tan sólo a medias...

Poco tiene que ver todo este duro trayecto con las experiencias "radicales" en Italia o Francia, ni con la moda que pugna por implantarse entre nosotros, con un pie dentro y otro fuera de los libertarios o de organizaciones semejantes. Esta mitificación de ejemplos y modelos importados de fuera hace difícil a todo espíritu crítico la posibilidad de estar a la altura del desafío que nuestro tiempo tiene planteado, volviendo harto improbable la capacidad para captar a fondo la peculiaridad del momento que estamos viviendo y las promesas que indiscutiblemente nos ofrece. Arrastramos aún las perspectivas de interpretación de unas épocas ciertamente próximas pero ya pasadas, que tocan a su fin ineluctable.

Existe un movimiento real de autoemancipación práctica de esta clase universal que es el proletariado y que sólo llegará a su plenitud precisamente negándose a sí misma. Y esta liberación no va a ser obra de una teoría, por muy bella que se nos aparezca: la autogestión, el movimiento autónomo, etc. Será la obra, cotidiana, de los trabajadores mismos. O no será...

Sin embargo, acostumbrados a los viejos enfoques de una política militante de la que todavía no hemos logrado desprendernos, no nos atrevemos aún a formular una autonomía de nuevo tipo, vemos aún la Autonomía como una nueva ALTERNATIVA al momento presente, que va a abrirnos las puertas a nuevas experiencias en la organización de las luchas.

Si estuviéramos atentos al período de creciente desencanto entre las militancias que vemos a nuestro alrededor y a su significado profundo, comprenderíamos que el fenómeno que se abre ante nuestros ojos es justamente el inverso de una ALTERNATIVA. La AUTONOMIA no es tanto el paso previo cuanto el resultado que, a no tardar, habrán que plantearse cuantos aún hoy se empeñan en seguir la senda de la política, aunque sea de la política autónoma, de la política libertaria. Lo que podría ofrecérsenos en una mañana más cercana de lo que se sospecha.

A no tardar pues, habrá que hacerse a la idea que con tanta precisión formulara Carlos Marx: *"Toda forma es forma de un contenido"*. La incipiente AUTONOMIA hoy en boga se ha mostrado tal como era, mera forma. Sólo alcanzará su plenitud cuando *autonomizándose* de su carácter indiscutiblemente formalista, pase a ser básicamente un contenido, la forma de un contenido: el movimiento real de la clase que destruye las relaciones existentes: el asalariado, el Estado, al mismo tiempo que construye unas nuevas relaciones, la comunidad, el comunismo.

"NUEVO MOVIMIENTO"

Las luchas contra la dominación capitalista, que, bajo sus formas modernas y diversas, cubren todos los Estados del mundo, muestran unas tendencias nuevas en ruptura total con lo que fueron desde el principio del siglo XX.

El rasgo común y esencial de estas tendencias es la toma en manos por los que luchan, por ellos y para ellos, de la totalidad de sus propios intereses, en todas las circunstancias de su vida, lo mismo en el campo de la acción que en el del pensamiento.

Los rasgos de lo que podría ser una transformación radical de las relaciones sociales se dibujan en los trastornos del capitalismo en sí mismo, en sus crisis y en sus tentativas de adaptación. Estos rasgos pueden surgir en explosiones aisladas, y rápidamente destruidas por los intereses dominantes, o bien bosquejarse en lentas avanzadas más o menos interrumpidas por las reformas.

Se puede constatar más o menos en todos los campos de la actividad humana, en todos los países, lo mismo a escala individual que en todas las colectividades en las que estén implicados. La lucha en los lugares mismos de la explotación de los hombres por el capital -la empresa- es esencial; pero las manifestaciones de estas tendencias encuentran su expresión en todos los campos, con formas similares. Los enfrentamientos sociales se extienden a todos los sectores de la vida social, mostrando que la autonomía no podría tener límites, sino que transformaría todo.

El fin de todo trabajo alienado, por tanto de la explotación; el fin de toda dominación del hombre sobre el hombre, transformará la totalidad de las relaciones sociales. Si esto es verdad, es también verdad que las luchas en todos los campos transformarán al mismo tiempo y en el momento en que se desarrollen la totalidad de las relaciones sociales.

Estas tendencias a la autonomía y a las formas originales, abiertas o difusas, que ellas toman, chocan con el conjunto de las estructuras del mundo capitalista: Estado, partidos, sindicatos, grupos tradicionales, y todo el sistema de ideas y valores de la sociedad de explotación. De ello resultan conflictos permanentes, tanto para el individuo como para los grupos sociales a los que pertenece. De estos conflictos, se puede sacar la conclusión que las manifestaciones diversas del nuevo movimiento, van contra todas las formas de elitismo y de vanguardia: tienden a destruir toda jerarquía y a establecer nuevas formas de relaciones entre individuos, entre individuos y organismos de lucha, y entre organismos.

Estas luchas y tendencias están relacionadas con ciertas luchas y tendencias del pasado; como por ejemplo la aparición de los consejos obreros o de organismos homólogos en todas las épocas en las que las luchas sociales tienden a amenazar los fundamentos del mismo sistema. El conocimiento, el estudio y la reflexión sobre estos hechos son un elemento de nuestro movimiento en el presente. Pero no pensamos que

este trabajo de información, de análisis, de teorización, deba conducir a marcar unos modelos. Lo que surgió de una lucha está adaptado a las necesidades de esta lucha y no puede por tanto servir de meta para otras luchas, o de criterio para juzgar lo que surgió en otras luchas.

Los elementos de un mundo nuevo tienen tendencia a producirse permanentemente a partir del funcionamiento mismo del sistema capitalista. Estos elementos se producen a la vez por este funcionamiento y son necesarios a este funcionamiento, como la iniciativa individual y colectiva de la base es necesaria para hacer funcionar la empresa capitalista moderna, por ejemplo. Las formas que se producen no pueden ser más que transitorias, efímeras, marcadas por la sociedad en la que se han desarrollado, como por ejemplo, el bloqueo de vastas unidades por movimientos espontáneos en un sector, la huelga activa, la resistencia al trabajo, los movimientos para la mejora de la condición de la mujer, para el equipamiento de barrios, etc... Es importante señalar la existencia de estos elementos, analizar su desarrollo, y sus formas; es en vano glorificar las acciones autónomas como la llegada inminente de la revolución, lo mismo que es en vano criticarlas sistemáticamente bajo pretexto de que su aislamiento les conduce finalmente a ayudar al reforzamiento del sistema. A los grupos tradicionales que veían en cada huelga "la" revolución o la denunciaban como "reformistas", les han sustituido grupos más sutiles que proponen unas formas de lucha "tácticas" llamadas más radicales.

Aunque hayan sido glorificadas o denigradas, las acciones autónomas no han sido más que raramente consideradas como los primeros síntomas de un nuevo movimiento en el que la organización no podía aparecer y desarrollarse más que en la lucha misma. Prácticamente, las tentativas de análisis tratan de explicar el fracaso de estas acciones, sea por su "falta de organización", sea por la inexistencia de un partido revolucionario, la "falta de conciencia", el retraso ideológico etc... Todas estas críticas salen de hecho de esquemas viejos o tradicionales y juzgan los hechos a partir de criterios definidos por una élite revolucionaria. Esta élite jugaría, en el momento querido y por caminos diversos, un rol central en la revolución. Esta élite debería, en la revolución obrera, ser la anunciadora de las crisis y trazar la vía liberadora, exactamente como la burguesía lo hizo en su tiempo. La revolución concebida ella misma como el acontecimiento único, poseería un poder mágico de transformación total y brutal de todas las relaciones sociales: a partir del momento en que una fuerza tan violenta pueda desintegrar un eslabón aislado de la cadena de dominación del capitalismo mundial, todo debería caer en la sociedad comunista.

El nuevo movimiento se opone a lo que llamamos el viejo movimiento. Este viejo movimiento sale de esquemas y situaciones del período histórico que va desde principios del siglo XVIII hasta principios del siglo XX, alrededor de la guerra de 1914. Hasta la primera guerra mundial, se podían considerar como válidas las ideas y los conceptos surgidos en este período. Lo que en los partidos u organizaciones sociales-demócratas, bolcheviques, sindicalistas, podía parecer revolucionario, en este momento ha mostrado que esto no era más que una revolución en la *forma* del capitalismo (capitalismo burocrático planificado en lugar de liberal), dejando intacta la dominación del capital y la explotación del trabajo.

El viejo movimiento aparece, desde la primera guerra mundial, cada vez menos adecuado a las situaciones nacidas del capitalismo renovado de esta forma. El nuevo movimiento, desde sus primeras manifestaciones, se ha levantado, no sólo contra las antiguas formas de dominación del capital, sino también contra las diversas formas del viejo movimiento, cuando todavía ellas podían contener ilusiones revolucionarias; por ejemplo los consejos de fábrica de 1917 en Rusia, y su epílogo en Cronstadt. El nuevo movimiento cuestiona no sólo la existencia de lo que se puede englobar bajo el término vanguardia (partidos, grupos, etc...) sino también la concepción misma de la revolución. El viejo movimiento, como detentador actual o potencial del poder capitalista, no puede más que llevar a cabo una lucha a muerte contra toda manifestación del nuevo movimiento, ya sea para absorberlo, ya sea para destruirlo por la violencia.

Uno de los rasgos esenciales del nuevo movimiento es actualmente la actitud de los que luchan y que cesan de reivindicar, a personas, a grupos, a instituciones, que le son exteriores: padres en la familia, marido en la pareja, profesores en la escuela o en la universidad, patronos en la fábrica, sindicatos en las luchas, partidos o grupos para la acción o la teoría, etc... La forma de la lucha tiende a ser a menudo la práctica misma de lo que se reivindica. La tendencia nueva es hacer las cosas que se desean por sí mismo y para sí mismo, de tomar y de hacer, en lugar de pedir y esperar.

Las manifestaciones más visibles de esta tendencia se encuentran en las nuevas formas de la lucha de clases y en la extensión de los conflictos de clase a enfrentamientos entre dominantes y dominados en todas las estructuras de la sociedad. Estos enfrentamientos perfilan la ruptura entre los que se mueven por los trabajadores (cualesquiera que sean sus motivaciones) y la propia acción de los explotados. Se pueden encontrar estas formas diversas en la tentativa de abandono de los sindicatos, la organización subterránea de las luchas, las tentativas de relaciones horizontales, las actitudes nuevas de alumnos, mujeres, homosexuales, de obreros ante el trabajo, etc..., actitudes todas que expresan la lucha de los interesados "por ellos mismos" y "para ellos mismos".

Una de las constantes de las organizaciones era considerarse como "el" movimiento obrero y hacer de la historia de las organizaciones la historia del movimiento obrero. El nuevo movimiento desarrolla su propia historia que no es finalmente más que la historia del movimiento de los trabajadores "ellos mismos", disimulado hasta aquí por los que hacían la Historia de su sola actividad "revolucionaria".

El viejo movimiento no quiere ver cara a cara las diferentes manifestaciones del nuevo movimiento más que para someterlas a sus metas políticas. En general, se trata de condenas sin apelación bajo etiquetas diversas como "reformista", "inconsciente", "marginal", etc... Pero la fuerza del nuevo movimiento es tal que obliga a los adeptos del viejo movimiento a las acrobacias más diversas para intentar mantenerse más o menos en el papel que ellos se han dado o en el que les ha sido asignado. Las transformaciones o conflictos en el seno de los partidos o sindicatos, las escisiones actuales de los diferentes partidos o grupos, se explican a menudo por la tentativa de

adaptación de las posiciones fundamentales a los caracteres nuevos de los movimientos de lucha desviándolos en interés suyo.

Algunos repiten incansablemente los mismos esquemas, como si el mundo capitalista no se hubiera transformado profundamente en 150 años. Pero otros tratan de adaptarse; se asiste de esta forma a una doble corriente:

1º Los que quieren dar un valor absoluto a ciertas luchas particulares: se ven así florecer teorías privilegiando la lucha de los jóvenes, de las mujeres, de los estudiantes, de los marginados, etc... Algunos consideran la repulsa al trabajo y la destrucción de los lugares de trabajo como la única señal precursora de la destrucción del capital; otros quieren restringir la noción de clase obrera al solo proletariado de fábrica; otros por fin niegan que exista todavía una lucha de clases, no viendo más que individuos de una misma alienación universal.

2º Los que por contra, rehúsan todo particularismo y conservan una tentativa de explicación total, modernizan lenguaje y teoría, integran más o menos la evolución del capital y de la lucha de clases, pero rehúsan al mismo tiempo al nuevo movimiento su característica esencial: la autonomía en todos los campos de la actividad de una lucha, sin excepción.

Estas tentativas no son todas desdeñables, ayudan a veces a encontrar el sentido de nuevas manifestaciones de la autonomía y a resaltar sus ambigüedades y sus límites en la sociedad capitalista. Pero la importancia de estas teorías, ideas o actividades de grupo, está a menudo desmesuradamente aumentada por los debates apasionados, limitados al guetto de la "vanguardia revolucionaria". Estos debates y las ideas que de ahí salen son por otra parte, a pesar de lo que piensen sus autores, recuperadas, como todo lo que se desarrolla en la sociedad del capital, por la misma clase dominante: la misma vanguardia termina por ser el crisol en donde se elabora la ideología, en donde las estructuras establecidas del viejo movimiento finalmente se amparan.

En las luchas, la intervención de esta vanguardia modernizada conduce a una misma situación. La pretensión es aportar mucho a estas luchas, en todos los campos. Pero, en la práctica ocurre de forma totalmente diferente de lo que piensan. A veces, a los que ellos querrían hacer los instrumentos de sus metas políticas, revierten la situación y transforman buenas voluntades interesadas en instrumentos de su propia lucha. A veces, por el contrario, y más a menudo, esta intervención no logra más que frenar el desarrollo autónomo de las luchas. Aquí también, los partidos o sindicatos a los que ellos querrían sobrepasar, se sirven de su intervención para canalizar y reprimir esta autonomía a la cual parecía que ellos podían contribuir en un principio.

Cualesquiera que sean las divergencias entre todos estos grupos en el plano de la acción o de la teoría, incluso si se desgarran a mordisco limpio, tienen todos en común un rasgo esencial: se niegan a dejar a los que luchan la posibilidad de regular por ellos y para ellos la totalidad de la situación en la que están implicados (acción, organización, finalidad, táctica, reflexión, perspectivas). En rigor, se reconoce a los que luchan, la decisión en la acción y la organización, pero se les reprocha la "conciencia de su lucha" y, con mayor motivo, la teoría y las perspectivas. Haciendo esto, se reconoce una prioridad a ciertas formas de pensamiento en relación a la acción misma.

El especialista del pensamiento y de la reflexión política vuelve a ser de esta forma el superior jerárquico de aquellos cuya acción y pensamiento son indisolubles, lo que es precisamente propio de todo ser en el proceso de lucha contra la dominación social en el seno mismo de la colectividad social en la que está implicado. Se pueden ver numerosos grupos que aceptan la autonomía de las luchas si esto va en un sentido socialista, revolucionario, juzgado desde el principio por expertos.

El nuevo movimiento no es lo que algunos, aunque sean numerosos, organizados, estructurados, "coherentes", puedan construir o pensar por la "liberación" de los otros. Es lo que cada uno o todos crean por ellos mismos en su lucha, por su lucha y para su propio interés. La superación de los particularismos, la unificación de las reivindicaciones, su superación en los problemas más generales, más fundamentales, las perspectivas de la lucha, todo esto no puede ser, en un momento dado, más que el producto de la misma lucha. Los sindicatos hablan siempre de unidad, los grupos de frentes, de comités, etc...; en toda huelga donde se exprese la autonomía de la acción, nadie habla de esto, pues la lucha es el acto de todos los trabajadores en marcha.

La aparición del movimiento autónomo ha hecho evolucionar la noción de partido. El partido "dirigente" de ayer, definiéndose él mismo como "vanguardia revolucionaria", se identificaba con el proletariado; esta "fracción consciente del proletariado" debía jugar un papel determinante para elevar la "conciencia de clase", marco esencial de los proletarios constituidos en clase. Los herederos modernos del partido se dan cuenta de la dificultad de mantener una posición tal; por tanto encargan al partido o al grupo de una "misión" bien precisa para suplir lo que ellos consideran como las carencias de los trabajadores; de ahí el desarrollo de grupos especializados en la intervención, las relaciones, la acción ejemplar, la explicación teórica, etc... Pero incluso estos grupos ya no pueden ejercer más esta función jerárquica de especialistas en el movimiento de lucha. El nuevo movimiento, el de los trabajadores en lucha, considera todos estos elementos, lo mismo a los viejos grupos como a los nuevos, en perfecta igualdad con sus propias acciones. Toma lo que puede sacar a lo que se presenta y rechaza lo que no le conviene. Teoría y práctica no aparecen más que como un solo y único elemento del proceso revolucionario; ninguno precede ni domina a otro. Ningún grupo político tiene pues un papel esencial a jugar.

La revolución es un proceso. Lo que hemos podido realzar son las primeras manifestaciones en todos los campos sociales. Nadie puede predecir su duración, su ritmo y las formas que tomará. Sus manifestaciones serán inevitablemente violentas, pues ninguna clase se dejará desposeer sin resistir hasta la última energía. Pero esta batalla no será como las batallas ordenadas al término de las cuales se vería el hundimiento de las armadas del capital y la instalación de "estructuras revolucionarias". Toda una serie de acontecimientos de los que no se puede prever ni el lugar, ni el campo, ni la forma, podrán tocar todas las estructuras sociales sobre todos los puntos del globo, tan sorprendentes sin duda por su forma repentina como por su carácter. Ninguno de ellos constituirá la ruptura brutal y general esperada; no será más que un elemento entre otros que podrá no tener ninguna relación directa aparente con los otros. Nadie puede pretender hoy que la revolución rusa, la revolución española, las

insurrecciones de los países del este (Hungría, Polonia) Mayo 68 en Francia, hayan sido "la Revolución". Sin embargo, cada uno de estos sucesos ha marcado profundamente la evolución del capital y del proceso revolucionario. Si se mira el mundo de hoy, se puede decir que las revoluciones en el sentido jacobino, quedan cada vez más en último plano, pero que el proceso revolucionario en sí mismo es cada vez más poderoso.

Esta idea de la revolución en un solo acontecimiento continúa obsesionando no sólo a las viejas teorías marxistas o anarquistas de conquista o de destrucción del Estado por un enfrentamiento directo, sino también a todos los sucedáneos más o menos modernizados de estas teorías. El viejo movimiento despliega tesoros de ingeniosidad y esfuerzos desmesurados para intentar construir la organización adecuada, ya sea para ayudar a las viejas fórmulas (leninistas diversos, neo anarquistas) ya sea sobre nuevas fórmulas (marginales, comités diversos, comunas), ya sea haciéndose los promotores de un nuevo elitismo en nombre de una "exigencia" teórica y práctica.

Paralelamente, se desarrollan, a la par de las luchas o de las circunstancias, organismos que asumen una tarea determinada, que estallan y se recomponen diferentemente en otro sitio. Presentan casi siempre caracteres ambiguos, impulsados a menudo por miembros de grupos no despojados de vanguardismo, tendiendo a sustituirse a los que luchan. Pero, cada vez más, su existencia está estrechamente ligada a una lucha, y ellos deben traducir los intereses de los que luchan, quedar bajo su control. Todas las tentativas, para hacerles sobrevivir después de la lucha, para darles otra orientación, para atarlos a una organización política, constituyen otros tantos fracasos, a menudo conllevan su muerte.

Cada vez más, los individuos en lucha para su propio interés tienden a asumir ellos mismos todas las tareas que surgen en el curso de la lucha (coordinación, información, relaciones, etc...). En la medida en que ellos no se sienten demasiado fuertes para hacerlo por ellos mismos, recurren a las organizaciones que se ofrecen a ellos: secciones sindicales; "izquierdistas", grupos diversos... Estas intervenciones y relaciones a la vez desarrollan y frenan la autonomía. La desarrollan en la medida en que multiplican las oberturas, las relaciones de toda clase y dan confianza a los que las utilizan en su lucha contra las estructuras legales establecidas. Frenan la autonomía en la medida en que tienden a conducir la lucha dentro de las estructuras (sindicatos o partidos) o en corrientes de ideas y bloquean, en base a una ideología que se refiere al pasado, una acción (y la imaginación que le acompaña) que mira al futuro.

Parece así que existe un doble enfrentamiento de la base, de una parte con el capital y sus estructuras, de otra parte con los que, luchando aparentemente contra el orden establecido, sueñan con constituir nuevas estructuras imponiendo a los trabajadores las concepciones de una "élite revolucionaria". Se constituye de esta forma una enorme red de relaciones horizontales que toman caminos diversos, extremadamente móviles, multiformes, permanentes y al mismo tiempo efímeros, poderosos por la acumulación de buenas voluntades, renovando los medios materiales con una fuerza insospechada. Se produce una enorme mezcla de ideas, de teorías, dejando al desnudo

sin concesiones las debilidades y las fuerzas de unos y otros: todo un proceso de autoeducación y autoorganización, de la que no se puede prever la forma y el término.

Algunos creen descubrir en esta efervescencia nueva de fuerzas y de ideas el nacimiento de un nuevo movimiento "de" revolucionarios, de un nuevo partido. Tratan de rejuvenecer, en favor de estas tendencias, las viejas teorías de la organización y del partido, o las de la acción directa de minorías.

El nuevo movimiento es sin embargo su negación misma. Una de las pruebas es la imposibilidad concreta de todas las tendencias de monopolizar en una sola organización las corrientes que se expresan así, de cubrir con una sola ideología las vías innumerales de la acción y del pensamiento de los que luchan. La tentación de reagrupar en manifestaciones esta "vanguardia" difusa, no recuperable, participa ella misma de la idea de todos los que se consideran parte de ella. Estas manifestaciones dan testimonio a la vez de la fuerza y la debilidad de esta "élite revolucionaria". Fuerza porque, frente a los partidos revolucionarios, aparece numerosa y puede jugar un papel no desdeñable en ciertas luchas. Débil porque permite, a causa de este elitismo, y en la carencia de su fuerza, todas las manipulaciones de grupúsculos y la ilusión de que puede substituirse a la acción misma de los explotados. Detrás de todo esto, se encuentra la idea de que se puede hacer la revolución "para los demás".

Hemos ya resaltado que las formas nuevas de lucha, testimoniando la existencia del nuevo movimiento, son formas transitorias modeladas por las circunstancias mismas de la lucha en un momento dado, y que, en su tentativa de desarmar a los que luchan y de superar la crisis que ha dado paso a estas luchas, el capital trata de arreglar a su favor lo que la práctica ha hecho surgir. Esas tentativas vienen inevitablemente de las fracciones más dinámicas de las estructuras de dominación, que encuadran a los explotados: empresas, sindicatos, partidos, etc... La autogestión establecida por decreto del poder del Estado (cualquiera que sea) no es más que una tentativa entre otras de adaptar las estructuras de dominación del capital. Como todas las adaptaciones, éstas no llegan más que a crear nuevas formas de lucha y a desarrollar nuevas luchas emancipadoras. Todos los que confunden la verdadera autonomía de las luchas con su recuperación (nunca completa) quieren negar la dialéctica de la lucha imponiendo su "ciencia teórica" a los trabajadores bajo pretexto de evitarles caer en la "trampa de la autogestión", etc... En realidad, los que luchan saben, mejor que la mayor parte de los ideólogos de nuevos grupos, distinguir, "en su práctica", entre la autonomía dominada por sus intereses propios y las tentativas de integración dominadas por el interés del capital.

La realidad de las luchas da rápidamente su justo valor a todas sus pretensiones. La existencia y el rol de un "grupo revolucionario" se encuentran radicalmente transformados. La pretensión a la universalidad se encuentra reducida a un elemento de una experiencia entre otros. Toda teorización no es más que una parte de un todo y tomada como tal. Al menos tan importante como las luchas y ligada estrechamente a su evolución es la transformación de las actitudes, de las mentalidades frente a los valores tradicionales del capital y de los organismos que se relacionan a él. Esta transformación es una parte importante del proceso revolucionario.

La crítica por los hechos concierne a todos los aspectos de la teoría, incluyendo las concepciones de la organización. El compromiso que cada uno se da a sí mismo está desde un principio motivado por la experiencia que él tiene de las relaciones sociales en un mundo capitalista. Esta experiencia, la reflexión de esta cuestión y las conclusiones que uno saca, no son nunca más que un aspecto particular, en un mundo tan extenso, de las interrelaciones tan profundas y tan poco conocidas, y en perpetua transformación; nadie puede pretender detentar otra verdad que la suya, que le sitúa en el mismo plano que los demás.

Incluso cuando uno se encuentra con otros para una reflexión o una acción en común, cada uno actúa desde el principio para sí mismo. Reflexión y acción de grupo no tienen más valor que las de no importa que otro grupo parecido. Cualesquiera que sean las "tareas" que él se da, cualquiera que sea el nivel de generalización de su intervención o de su pensamiento, no sabría sacar, él mismo, una posición superior sobre los otros grupos análogos o sobre la organización del movimiento de lucha tal cual aparece en el nuevo movimiento.

Tales grupos u organizaciones han existido siempre bajo formas diversas, con pretensiones diversas. Su multiplicación presente es un factor positivo y enseña precisamente que cada uno de los grupos se desarrolla sobre circunstancias particulares de los que los forman. Todo lo que precede aspira a definir lo que podría ser para un tal grupo una orientación general de trabajo, a precisar relativamente al nuevo movimiento tal como ha sido esbozado. La concepción misma del nuevo movimiento, tal como la hemos abordado en este texto, puede encontrarse ella misma transformada a medida de la evolución del proceso revolucionario. El nuevo movimiento no es un absoluto inmutable, sino una práctica en constante mutación a la cual no podemos prever un futuro.

PARIS 1974

NOTAS

* Una de las características del nuevo movimiento, el de los mismos explotados, consiste en reducir las pretensiones de aquellos que -siendo minoría, élite revolucionaria- pretenden ser este nuevo movimiento y dejarlos en el papel que les asignan los que luchan.



*LA SITUACION ITALIANA TRAS EL MOVIMIENTO
DE LA PRIMAVERA DE 1977*

LA SITUACION ITALIANA TRAS EL MOVIMIENTO DE LA PRIMAVERA DE 1977

1. *La reanudación de otoño*

Los primeros sucesos de septiembre nos ofrecen ya un marco lo bastante preciso del comportamiento obrero actual: el número de los que bajaron a la calle cuando la huelga sindical del 9 de septiembre (1) fue limitado, la masa de los trabajadores fue a la huelga sin entusiasmo, sin objetivos claros, y ello es tan cierto que para hacerla el sindicato tuvo que asociarla a conflictos internos de la empresa.

En esta situación, el objetivo del sindicato y sobre todo del PC italiano fue preciso, a saber: garantizar que no se manifestara disensión alguna con la línea del pacto social. Para conseguirlo, dio libertad absoluta a su servicio de orden para aporrear a los obreros que quisieron manifestar su disconformidad.

Para nosotros, carecería de interés limitarnos a eso, a desarrollar una polémica contra el PCI que no ha hecho más que radicalizar su práctica normal de represión de las luchas obreras autónomas y no nos parece importante -como para la DP (Democrazia Proletaria) (2)- el demostrar la pretensión del PCI en hacer funcionar el sindicato como correa de transmisión. Creemos, por el contrario, que los obreros han de proseguir el debate sobre la situación concreta, sobre la lucha contra la reestructuración, por la garantía del salario, contra los despidos, y evitar el dejarse arrastrar en la polémica sobre la "violencia", en la que los reformistas entienden por "violencia" las tentativas de oposición al pacto social que todos los partidos han firmado, y no la explotación patronal y las medidas anti-obreras del gobierno.

De hecho, creemos que la oposición obrera no puede aumentarse con un mitin como el del 9 de septiembre, sino que ha de organizarse en las fábricas y que ha de desarrollarse un debate entre obreros y proletarios que desemboque en una acción precisa en respuesta a la situación actual.

No hace falta mucho para darse cuenta de la gravedad del ataque antiobrero en todos los frentes: despidos, bloqueo del empleo, agravación de las condiciones de vida y de trabajo que soportamos.

El último ejemplo es la ley del pre-empleo que financia a los patronos con el dinero retirado de los salarios mediante nuevos impuestos, y que destruye todos los derechos y las garantías que habían sido conquistadas, legalizando el trabajo negro y la sobre-explotación (el rechazo de esta ley por la Confindustria (3) y la necesidad, por este motivo, del gobierno en aceptar condiciones aún más ventajosas para los industriales, demuestran que es imposible utilizar la ley en interés del obrero).

Es más claro aún que ninguno de los partidos ni sindicatos se opone a este proyecto, están de acuerdo todos en reconocer que el primer problema es salvar la economía nacional, que es preciso repartir equitativamente los sacrificios, etc. (por ejemplo, eliminando los 7 días festivos para que los obreros se sacrifiquen y trabajen más, y que los patronos se sacrifiquen explotando más, o incluso -como lo dijo Lama (4) el 9 de septiembre- asegurando la plena movilidad para garantizar el empleo, como

si la plena movilidad no fuera un medio de reducir las necesidades de mano de obra y permitir así nuevos despidos).

El problema que se plantea entonces es el de tener un proyecto y una alternativa de organización a las actuales. Pero, ahí también, en esta cuestión de las alternativas y de la oposición obrera, hemos de empezar por poner en claro las cosas. Según muchos obreros, el problema consiste en volver más combativo al sindicato, e incluso tener un nuevo partido en vez de los viejos partidos que han sido "traidores".

Según nosotros, es una respuesta errónea a una exigencia real: los partidos y los sindicatos juegan un papel de organizadores de los trabajadores no para oponer sus intereses de clase a los patronos sino para vender a mejor precio su fuerza de trabajo en el mercado capitalista. Es por ello que, cuando el sistema productivo se halla en expansión bajo la presión de las luchas obreras, las burocracias sindicales y políticas toman medidas a tal efecto, mediante lo cual se instaura toda una serie de centros de poder. Pero cuando es necesario para el capitalismo el reestructurarse, cuando las luchas obreras se oponen con determinación a esta necesidad, se forma un bloque conservador que por el contrario une a los patronos y los reformistas.

Por otra parte, visto más de cerca se percibe que el PCI no sólo es una organización burocrática y jerárquica que pone freno a las luchas, sino que también gestiona directamente el poder económico, sea a nivel nacional (movimiento de las cooperativas, bancos e incluso en la industria), sea a nivel internacional donde tiene la función de intermediario entre el capitalismo italiano y los países del Este (y los de Africa, situados bajo hegemonía soviética). Además, el capitalismo italiano, gracias a la enorme expansión de la intervención del Estado, ha desarrollado y vinculado a él a una gran masa de intelectuales, técnicos, capas medias, entre las que el reformismo se ha extendido y de cuyos intereses debe ocuparse.

En definitiva, la experiencia demuestra que los representantes del mundo del trabajo exteriores no pueden defender nuestros propios intereses. Cuando hablamos pues de alternativa, nos referimos claramente a nuestra acción directa, a la organización que nos damos, al poder que sabemos tomar concretamente.

Hoy se trata, para nosotros, de avanzar en la vía abierta por años de lucha, pero para hacerlo ya no bastan los medios que hemos utilizado hasta ahora, hemos de comprender en qué terreno nos movemos para afrontar el combate y salir vencedores.

2. Algunos datos sobre la reestructuración y la reconversión.

La crisis ha trabajado con fuerza y tesón, sin perdonar a nadie. Utilizamos aquí el término "crisis" en su más amplia acepción, a saber como comportamiento del capital en su ataque contra la fuerza obrera implicando la utilización de instrumentos y mecanismos nuevos con objeto de realizar la acumulación en una situación de modificación de las relaciones de fuerza entre las clases.

Definimos pues la reestructuración como ese conjunto de modificaciones del proceso de producción que tienden a un relanzamiento de la acumulación.

Concretamente, el actual proceso de reestructuración significa:

1) La introducción de una nueva tecnología, como por ejemplo en la industria del automóvil, con objeto de aumentar la productividad del trabajo, reducir el número de puestos y sobre todo destruir la expresión del poder obrero en la fábrica. Desde el punto de vista de la organización obrera, podemos verificar como la tentativa de los patronos es el destruir la unidad de clase que se formó en las grandes fábricas mediante una descomposición más exasperada de los trabajos, una fluidificación de la producción, o sea la introducción en la práctica de estructuras capaces de garantizar la producción, incluso en presencia de luchas obreras en auge o en baja (dobles cadenas, reservas de mano de obra disponible) y el aumento de la productividad mediante la introducción de estimulantes, con el consentimiento del sindicato.

2) La desconcentración de la producción que va desde el desarrollo de las pequeñas y medianas empresas al aumento del trabajo negro, a domicilio, etc. Es preciso subrayar dos puntos por lo menos al respecto: por una parte, la desconcentración no significa en absoluto desaparición de la gran empresa centralizada, dado que todas esas pequeñas empresas no son independientes sino centralizadas por las grandes industrias, bien directamente mediante la cooperación al nivel de la producción, bien mediante el control bancario. Por otra parte, la desconcentración significa el desplazamiento de una serie de fábricas del viejo triángulo industrial Turín-Génova-Milán, en adelante saturado y donde reina una gran combatividad, hacia un nuevo eje que atraviesa la Toscana, Regio-Emilia y la Venecia (5) (basta con ver que en Regio-Emilia el nivel de empleo es de 56 por ciento frente a un promedio nacional del 33 por ciento). Este eje se caracteriza, por una parte, por un mayor control político sobre esos territorios, sea mediante el dominio del PCI en Regio-Emilia y Toscana o de la DC en la Venecia y por otra parte la dimensión reducida de las empresas (no es casual si recientemente un teórico del PCI de origen obrero decía que la desconcentración de la producción es en sí un elemento de transición al socialismo).

3) La definición de una relación distinta entre el Estado y la empresa (y hablamos aquí de reconversión) según el cual el Estado reconoce al sistema de la empresa el papel de garantizar la acumulación y mediante una serie de operaciones desplaza los recursos del consumo privado y social del proletariado hacia la misma empresa (mediante mecanismos fiscales, una tentativa de volver rentables tanto los servicios como las participaciones del Estado, significa en la práctica el bloqueo de los salarios de los trabajadores de los servicios, reestructuración y desmantelamiento de las participaciones del Estado, aumento de las tarifas de los servicios mismos).

Ese proceso de reestructuración se inserta en una modificación del papel del capitalismo italiano al nivel internacional que va a transformarse de capitalismo productor y exportador de productos manufacturados en capitalismo productor y exportador de estructuras industriales completas de tecnología media (véanse los acuerdos con Rusia, los países norteafricanos y del Oriente Medio). En consecuencia, la política de sostenimiento de la demanda interna que fuera practicada hasta ahora está vinculada a eso, bien mediante algunas concesiones salariales, mediante la expansión del empleo garantizada por el Estado. Una política económica de este tipo significa

evidentemente una agravación de las condiciones de vida del proletariado y un aumento neto de los antagonismos de clases.

Para afrontar este hecho, es necesario que el conjunto de las fuerzas políticas participen en el proceso obteniendo una parte de los beneficios, he aquí todo el misterio del pacto social.

El pacto social significa en la práctica una síntesis entre el reformismo desde arriba, garantizado por la DC (mediante el control sobre la máquina estatal, la reunión de las capas medias y la relación con la burguesía), y el reformismo desde abajo que garantiza el PCI mediante su capacidad de controlar las capas obreras suficientemente numerosas y su red de poder local. La eventualidad de que el pacto social se traduzca luego en compromiso histórico o dé vida a nuevos desgarramientos dependerá de un conjunto bastante complejo de factores que van desde el comportamiento real del proletariado al equilibrio internacional del poder.

El pasado año, pudimos verificar los efectos del pacto sobre el comportamiento de clase: por un lado, una respuesta a todas esas organizaciones que se oponen a la lucha obrera que hasta ahora habían mediatizado, por el otro, una radicalización de los sectores sociales que no tienen ningún espacio real en ese pacto social.

Tales factores determinaron también la evolución actual a través de caminos distintos de la lucha obrera y del movimiento de los sin-trabajo: por un lado, la clase obrera se ve obligada a reconstruir sus instrumentos de acción de una manera inevitablemente subterránea e informal, por el otro, los obreros en paro manuales e intelectuales no disponen de ningún punto de inserción a través del cual conducir su propia lucha, viéndose pues forzados a orientarla hacia un terreno totalmente ajeno a la producción y que en consecuencia no permite obtener resultados y conquistas inmediatas sino que, por el contrario, sólo tiene incidencias en términos de poder.

El gran problema que se plantea hoy a la clase obrera es la utilización, por parte del poder, de lo que podemos definir como una "cultura de la crisis".

En el ciclo de las luchas precedentes, los obreros consideraban debilitada la capacidad del sistema para responder a su presión, fuera en términos de mejores condiciones de trabajo o de mejoras salariales. Prácticamente, los obreros aumentaban su poder en el seno de la producción sin plantearse el problema de la apropiación de dicha producción. Ese género de desarrollo ha sido inmovilizado en la medida en que ha sido presentado prácticamente a los obreros, sea mediante los despidos y el bloqueo de los aumentos, sea a nivel de la opinión mediante una campaña masiva iniciada con la crisis del petróleo, la eventualidad de una catástrofe que ponga en cuestión su propia posibilidad de supervivencia (nos referimos aquí a la escasez de los recursos, a la polución, etc.).

En este terreno, la lucha puramente reivindicativa presenta dificultades crecientes, los precedentes puntos de fuerza pasan a ser puntos débiles, como lo demuestra por ejemplo el caso UNIDAL hoy y el caso INNOCENTI (6) en que se responde a la presión obrera con la amenaza y la práctica de los despidos en masa o con una demencial elevación de las cargas de trabajo.

Entonces se hace necesario el poner al orden del día una lucha de apropiación, de ejercicio directo del poder obrero. Los obreros no han podido plantearse todos estos años el problema ni siquiera hacerse una opinión sobre cómo tal lucha puede practicarse. La vieja ideología de la conquista del poder a partir de la que se desarrollaron el PCI y los pequeños partidos nacidos a su izquierda, no es una buena solución para los obreros, bien porque la lucha en una economía integrada a escala internacional como es la italiana se sitúa a un nivel mucho más elevado, bien porque la experiencia de los "países socialistas", que son en realidad capitalistas de Estado, demuestra que un partido amo no es mejor que un partido burgués.

Además, la lucha obrera es ya una crítica del capitalismo de Estado, dado que las necesidades y las relaciones sociales que le corresponden no se limitan a alterar la forma jurídica de la propiedad burguesa para sustituirla con la propiedad estatal, sino que llegan hasta sopesarse y a criticar concretamente la organización misma del trabajo y de la vida, y a proponer pues la abolición del trabajo asalariado.

Por otra parte, es prácticamente imposible apoderarse de las fábricas y construir a partir de ello el poder en sí, caso por caso, en una estructura productiva que no es la mera suma de varias empresas sino que funciona según circuitos integrados a un nivel nacional e internacional. El máximo nivel necesario que la fuerza obrera ha de alcanzar para plantearse como fuerza orgánicamente antagonista del capitalismo ha de ser pues la capacidad de modificar a escala general las relaciones de producción en favor suyo, bien bajo forma de obtención de conquistas inmediatas y concretas, bien bajo la forma de una capacidad total para modificar las leyes que regulan la producción. La actual estructura de clases nos da algunas indicaciones en este sentido cuando pone en evidencia la necesidad para el capitalismo de desvalorizar la inteligencia productora del proletariado para asegurarse un control aún más inquebrantable del mismo.

En consecuencia, desarrollar esta inteligencia productiva sobre los temas de las condiciones de vida de los proletarios es una vía obligatoria en la que debemos cotejarnos y en la que el movimiento está haciendo ya sus primeras pruebas en la lucha anti-nuclear, y en general en la crítica de la producción de muerte.

3. Los límites de la reestructuración.

La reestructuración hoy en curso aparece ante muchos camaradas y ante los proletarios en general como la prueba de una capacidad ilimitada del capitalismo para asegurar su propio poder en el terreno de la producción. Ese género de valoración se refleja de manera contradictoria dentro del debate obrero, es decir que para las capas menos combativas del proletariado es un elemento que refuerza los vínculos con el reformismo y provoca la pérdida de confianza en la lucha mientras que para los obreros más combativos es un estimulante para tomar distancias con respecto a la lucha y a la organización dentro de la fábrica, apostando sobre un nivel de enfrentamientos más "políticos".

Ello significa concretamente la maduración de una contradicción interna de la clase obrera que puede teorizarse como contradicción entre derecha e izquierda obrera.

De este modo, el extremismo funciona una vez más como cara complementaria y subalterna del reformismo, dado que no llega a superar un ataque, adecuado y merecido, a la política reformista.

Una idea más clara sobre los límites de la reestructuración puede ser en cambio un punto de fuerza para la oposición obrera.

Los límites económicos son la dificultad evidente que el capitalismo tiene para realizar un relanzamiento efectivo y sólido de la acumulación, dado que las nuevas tecnologías introducidas implican un aumento de los gastos sin garantizar un aumento suficiente de la productividad. El mismo discurso sirve para la desconcentración productiva que, aunque permita una reducción del costo del trabajo, plantea de todos modos nuevos problemas de gestión y financiamiento, siendo sólo practicable únicamente en algunos sectores.

Pero sobre todo hay los límites de la resistencia obrera que se expresa en la defensa de algunos mecanismos salariales como la escala móvil, defensa que -como vimos- comporta luchas autónomas a cada aumento masivo de los precios, nueva combatividad de los sectores tradicionalmente de retaguardia (hospitales, descargadores del muelle, aeropuertos, ferrocarriles, etc.). Se trata de una fuerza obrera que aparece con poca frecuencia en forma de organización de objetivos precisos, pero cuyas contradicciones y dificultades para desarrollar una estructura coherente son percibidas perfectamente por el capital.

Además de la resistencia obrera, hay que considerar los datos del movimiento de primavera, expresión de una crisis profunda del control social, crisis que se ampliará debido a la caída del índice de empleo y a la marginalización creciente de la población fuera del sistema productivo y fuera del sistema de los partidos.

El único género de recuperación de este movimiento que puede operar el poder, sea en su variante conservadora, sea en su variante reformista, es su utilización contra las luchas obreras para imponer la política de austeridad diciendo que es indispensable apretarse el cinturón para garantizar el pleno empleo. Si tal eventualidad se llevara a cabo, se corre el peligro de asistir a una radicalización de la clase obrera contra los "sin-garantías", a una separación y oposición en las fábricas hacia todo otro género de lucha proletaria.

El límite principal de la reestructuración que nos concierne es su capacidad de hacer fracasar estratégicamente la autonomía de clase.

Si tal reestructuración significa sumisión más estrecha a la ley de la ganancia de toda la actividad social, significa asimismo ampliación y homogeneización de los comportamientos y de los intereses de clase, expansión de la fuerza obrera. Entonces, la lucha en el puerto de Génova, en el aeropuerto de Roma (7), entre los trabajadores de los hospitales y de los ferrocarriles, los carnets sindicales rotos a millares no son hechos corporativos, ni siquiera demasiado particulares, sino elementos precisos de esta expansión.

Ciertamente, esas luchas y todas las que se desarrollarán en el futuro no pueden contar en nada ni sobre la rigidez del sistema productivo ni sobre las instituciones. De hecho, todo el sistema productivo se opone hoy a la acción obrera sin dejar excepción

alguna ni mediante compromisos cerca de los empleados del sector público para asegurar el empleo. ¡Ello es tanto más grave para los obreros que no tienen la oportunidad de trabajar para un patrono por gracia de Dios o del Fondo Monetario Internacional!

En este punto, las instituciones sólo reflejan este dato, sólo crean un consenso y el miedo para hacerlo aceptar. Si ello significa nuevas dificultades para la acción obrera, significa también menos ilusiones y menos recuperaciones.

4. *La crisis del militantismo.*

Hemos expuesto esquemáticamente lo que la crisis cambió en la economía, en la producción, en la clase, en los sistemas de gobierno de la sociedad. Tratemos ahora de aclarar otro aspecto social, a su vez modificado, a saber el militantismo, la práctica de la teoría revolucionaria.

Desde 1973 ha habido un bloqueo en los géneros de lucha que se han desarrollado hasta ahora. La acción obrera ha perdido la fuerza de impacto que ejercía en 1969 en las grandes fábricas metalúrgicas, mecánicas y químicas, y se ha dispersado en múltiples luchas en las pequeñas y medianas empresas, sin que esos riachuelos se reúnan en un gran río.

Entonces, la clase ha abandonado sus consejos de fábrica, órganos de acción político-organizativos, inmediata y funcional, y ha perdido su principal punto fuerte, la rigidez del trabajo, tanto en el sentido de la garantía del empleo como en el sentido de la inmovilidad de puesto (8).

Este es el punto fundamental para comprender lo que ha venido luego, o sea lo que ha sucedido en la esfera del militantismo.

A la debilitación de la acción obrera ha seguido inmediatamente la debilitación de los grupos políticos centrados en la lucha de las fábricas que se ha manifestado por un "vacío", una "crisis" de la teoría de la revolución. El hundimiento de toda una red de vínculos en las luchas obreras ha hecho abandonar las hipótesis de un crecimiento de la organización en la producción después que cada grupo se ha visto llevado a tropezar contra su propio muro, siguiendo el modo como pretendía llevar adelante la lucha de clase.

Los militantes exteriores y los grupos anarquistas ponían de nuevo en el orden del día la teoría del rechazo y se aferraban a resolver sus propias organizaciones; eran numerosos los que se dispersaban así. Muchos camaradas que permanecían en la fábrica tras una reflexión sobre el ciclo de luchas llegaban a elegir la vía de los grupos autónomos.

Los grupos autónomos son pues el producto del rechazo obrero, nacen tardíamente, en relación con las tareas que se definen, y aparecen en un terreno defensivo, el de la salvaguarda de las mejoras obtenidas. Serán el punto de partida de las luchas contra la reestructuración, tratando de oponerse a la ruptura de la rigidez obrera en las categorías que parecen haber sido, más o menos, el punto fuerte de la clase. En este sentido pues la vía de la autonomía es conservadora. Siendo incapaz de dar vida a una teoría del desarrollo revolucionario en la esfera de la producción,

tropieza con la defensa de una situación obrera específica, radicalizándose cada vez más y creando organismos donde antes había una oleada de luchas. Además, es una vía atrasada porque priva a los obreros de una comprensión más general de la crisis, de lo que aún es más responsable el neo-leninismo cuyo espectro planea en la esfera de la autonomía. Al hacer una distinción, siguiendo su costumbre, entre organización y movimiento real, los neo-leninistas introducen una separación que siempre hicieron entre teoría y práctica y que, a lo largo de su derrota histórica, se profundiza hasta llevar a cabo una reducción cada vez mayor de la especificidad obrera; es por ello que están permanentemente en busca del nuevo sujeto revolucionario proletario, de situaciones sectoriales (de los obreros a las mujeres, los jóvenes, etc.), substituyendo la totalidad con una parcialidad generalizada.

El recuerdo de una especificidad obrera concreta, o sea de la particularidad de la forma en la que se expresa la fuerza obrera, remite a la existencia de la capa social que descubrió en el militatismo una posibilidad de acción concreta.

La teoría de la vida cotidiana como hecho político nace cuando la vida cotidiana es sin embargo vivida como una crisis del militatismo no rentable.

La huida de la fábrica que ha seguido un dato real, el de la crisis de las luchas, ha hecho lo demás: o bien se ha traducido en el auto-despido de camaradas que ya no llegaban a encontrar en el trabajo de fábrica un terreno concreto de intervención, o bien se ha traducido en la "auto-marginalización" de los comportamientos obreros.

Ahora nos vemos frente al hecho, en Roma como en Bolonia; el movimiento se identifica sin reservas al Movimiento, que se asimila poco a poco a la clase.

Las nuevas teorías de este nuevo movimiento nos parecen ser un juego de espejuelos que repiten la imagen hasta el infinito. Los transversalistas (9), con el "trémulo sujeto de flujos de deseo", apuntan a la acción y la práctica organizativa a través de la imagen que reflejan los viejos esquemas leninistas encarnados por los viejos grupos y las tendencias autónomas. Los neo-leninistas, en cambio, se sirven de la teoría del nuevo sujeto para camuflar los errores políticos no desdeñables que han diezmado sus filas.

Digamos a estos camaradas que ya es hora de elevar más a las nubes cada convulsión producida por la crisis que atraviesa el proletariado.

5. *Perspectivas.*

Rompiendo el mecanismo de desarrollo económico, basado en la relación entre expansión de la producción y expansión del salario/consumo, la crisis modificó la percepción de la sociedad que perdió su barniz dorado de bienestar y el espacio democrático quedó más estrechamente supeditado a la fábrica.

Hoy la sociedad ya no es la sociedad civil en que las querellas entre grupos sociales podían resolverse con la confrontación, sino el lugar en que se completa el proceso de producción a través de la fase específica de la reproducción de la fuerza de trabajo.

La vida del proletariado no ha quedado al azar. La fase de reproducción de la fuerza de trabajo es científicamente analizada y dividida en situaciones y movimientos

parcelarios: trabajo de fábrica, sector terciario, trabajo marginal, escuela, paro; cada proletario tiene a su disposición esas opciones, en oposición a la rebeldía y la marginación.

Ruptura del ciclo de las luchas, pérdida de la rigidez de la fuerza de trabajo, organización capitalista de la reproducción de la fuerza de trabajo, salario que de vector predominante del desarrollo económico se transforma en socio del mecanismo completo de la producción, tales son los motores del despegue de las transformaciones sociales profundas que estamos viviendo y que, al menos una gran parte de los protagonistas viven como una radicalización del movimiento en su conjunto haciendo el culto de comportamientos particulares.

Si se acepta esto, se deduce de ello que es necesario definir una vía que sea un ataque recompuesto y global al nivel de las distintas fases.

Al afirmar también que la revuelta de primavera es la expresión de la "capa social proletaria que realiza la concretización social máxima del tiempo libre con respecto al tiempo de trabajo", no debe olvidarse que es el tiempo libre con respecto al tiempo de trabajo, específico de este sistema de producción, el que reina en las fábricas y que es éste quien determinará la manera como va a hacerse la "liberación" (de tiempo): expulsión, control, o sea de todos modos, la búsqueda por parte del capital de nuevas formas de producción.

No invirtamos los términos del problema. Lo que parece escapar a tantos camaradas es precisamente esto: el complejo y costoso mecanismo de la inflación/reestructuración no es un juego que tenga un fin en sí, sino una estrategia muy clara que se propone, o mejor dicho funciona ya, como una refundición de la economía, como la reanudación del proceso de producción en un nuevo sistema integrado.

En ello, el capital no deja margen al movimiento. Es ahí que hay que pelear, es ahí que se reconstruirá un frente. Y es a partir de ahí que se puede como expresión política separada para, por el contrario, extraer una conclusión concreta: la socialización masiva del trabajo lleva en ella contradicciones insolubles bajo el dominio del capitalismo. En esta grieta que atraviesa todo el sistema de la fábrica, hay que continuar hundiendo los buriles de la recomposición de clase. La revolución como totalidad de acción de clase.

Es difícil formular proposiciones que correspondan a las necesidades concretas inmediatas. Se puede sin embargo enunciar una serie de proposiciones.

En plena crisis, hay una ampliación enorme de la base productiva, en el sentido que viejas capas sociales dejadas de lado de la máquina capitalista pasan a ser funcionales para la producción, y es así como se crean las primicias de una recomposición de clase que tiende a ser global. Hay también un aumento de la productividad que hace posible una reducción de la parte de trabajo individual, mientras que el capital tiende por el contrario a reducir el trabajo socialmente necesario a su reproducción completa, y a desarrollar el trabajo improductivo. En este sentido, las tareas actuales son las siguientes:

- relanzar más claramente el debate obrero para el desarrollo de coordinaciones de fábricas, de zonas y de sectores que sirvan de punto de partida a la organización de

una oposición sobre todos los temas de la explotación (salarios, horarios, polución, etc.); desarrollar un conocimiento más profundo de los mecanismos del capital que pueda servir de guía para una acción autónoma más decidida;

- con todas las demás capas sociales proletarias, o mejor, con todos los momentos separados del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, desarrollar el enfrentamiento con el capital sobre objetivos precisos, incluso si hoy sólo son practicables en términos limitados, parciales y por una buena parte aún propagandistas, como las reducciones de horarios, el control proletario sobre los precios, etc.;
- impulsar a fondo la ruptura con las fuerzas sociales que sólo ven en la crisis la ocasión de reafirmar sus intereses anti-proletarios, a través de la crítica —teórica y práctica— tanto de sus acciones sobre el plano económico como de las fuerzas políticas que organizan y representan.

Tales proposiciones son aún muy generales, como es general el debate existente en el seno de las coordinaciones obreras y en las situaciones de lucha; nos parecen expresar en cambio unas exigencias bastante extendidas actualmente y presentar datos seguros que pueden servir de punto de tanto para un debate de situación como para un debate como el de Bolonia en septiembre (9).

Para darle un carácter operacional y organizativo, hemos de proseguir la confrontación de las experiencias que estamos llevando a cabo, reforzando los vínculos entre las situaciones de lucha, definiendo objetivos concretos que vayan en este sentido, rompiendo el aislamiento y el ghetto en el que el poder quiere encerrarnos.

Milán, septiembre 1977.

NOTAS

1. El 9 de septiembre, durante la huelga general y durante un mitin con Lama, secretario general de la CGIL (equivalente italiano de las CC.OO.), un grupo de obreros trató de expresar su desacuerdo con Lama. El servicio de orden del PCI, compuesto por unos 1.500 individuos provistos de porras, atacaron al grupo contestatario violentamente. El PCI quería realizar así varios objetivos:

1) Asegurarse un completo control de la primera manifestación de otoño.

2) Impedir que se repitieran los hechos que tuvieron lugar cuando el mitin en Milán de la CISL (Sindicato de la DC), demostrando así la credibilidad del sindicato del PCI con respecto al de la DC.

3) Recuperarse del fracaso de Lama en Roma la primavera anterior, en el mitin de los estudiantes. Eso era tanto más importante por suceder ello en Milán queriendo el PCI demostrar que no era discutido por los obreros en Milán, como lo fuera por los estudiantes en Bolonia.

2. "Democracia Proletaria": bloque electoral de varias organizaciones izquierdistas (Vanguardia Operaia, PDUP, II Manifiesto, etc.) que actualmente se presenta como un nuevo partido a la izquierda del PCI sin que no obstante exista fusión entre tales grupos.

3. Confindustria: Asociación patronal nacional.

4. Lama: secretario nacional de la CGIL, sindicato del PCI.

5. Toscana, Regio-Emilia y Venecia: regiones del norte de la Italia central, tradicionalmente administradas por partidos de izquierda y en las que se han desarrollado estructuras productivas basadas en una agricultura rica, organizada en cooperativas de producción y de comercialización, con la presencia de gran número de pequeñas y medianas empresas, con un sistema de servicios sociales suficiente para asegurar el pleno empleo, y sobre todo con un sistema bancario gestionado por el PCI que siempre ha garantizado créditos en buenas condiciones. El PCI se ha asegurado así un control total, no sólo político sino asimismo económico, sobre regiones enteras.

6. UNIDAL e INNOCENTI: son algunas de las empresas en que la reestructuración ha significado una disminución masiva del empleo y un aumento muy fuerte de los ritmos de trabajo.

7. El puerto de Génova es un bastión tradicional del PCI y están empleados en él obreros tradicionalmente muy bien pagados. La reestructuración del puerto, aceptada por el PCI, significa una disminución del empleo, un aumento de las cargas, etc. Se ha constituido en el puerto un colectivo de base que, en el curso de las últimas asambleas, hizo fracasar al sindicato del PCI (obtuvo la mayoría de los participantes) con la plataforma de una lucha contra la reestructuración.

En el aeropuerto de Roma, hubo una huelga contra la nocividad de las condiciones de trabajo para los asistentes de vuelo, y de acuerdo con los obreros del aeropuerto. Otra lucha sobre esos mismos problemas se desarrolló en los ferrocarriles donde el sindicato confederal quiso organizar una serie de huelgas para recuperar el descontento creciente de la base, que se había expresado tanto en huelgas salvajes como mediante el reforzamiento del sindicato autónomo (corporativo, sobre posiciones de derecha). Sobre todos esos géneros de lucha, queda claro que se trata de capas sociales particulares (obreros profesionales con fuerte poder contractual).

8. Se entiende por rigidez en el trabajo un conjunto de conquistas obreras mediante las que los patronos no pueden ni hacer hacer a un obrero un trabajo que no corresponda a su calificación ni trasladar obreros de un taller a otro o de una empresa a otra. Esta conquista es una fuerza del poder obrero en la medida en que permita constituir grupos obreros homogéneos y que se conozcan. Además, impide a los patronos el hacer trabajar a los obreros en momentos de vacío. Actualmente, el sindicato tiende en la mayoría de los casos a negociar los despedidos por oposición a la movilidad (se entiende por movilidad la anulación de la rigidez en el trabajo).

9. Sobre los "transversalistas", véase la nota introductoria.



AUTONOMIA, VIOLENCIA Y POLITICA EN FRANCIA

AUTONOMIA, VIOLENCIA Y POLITICA EN FRANCIA

Más bien que las intervenciones y proclamas de los "grupos autónomos" sobre la violencia, es el mismo interés suscitado por éstos que ha de llamarnos la atención. Tal interés no es debido únicamente a un fenómeno de moda. Interesarse por lo que sucede entre los autónomos en asimismo un modo de reconocer la convivencia definitiva entre el orden social y las organizaciones de izquierda o izquierdistas (partidos, grupúsculos, sindicatos).

El papel de tales organizaciones en la gestión estatal del capital, como partícipe actual, futuro o imaginario -el puesto de la oposición en el sistema de la política, su total complicidad con la lógica de los media-, un militatismo agotado y que gira en el vacío: he aquí lo que se ha mostrado cada vez más rotundo desde 1968. En las huelgas salvajes, las ocupaciones, "Lip", las acciones de barrio, los movimientos de bachilleres y estudiantes; especialmente el de 1976 que, por lo menos, produjo la quiebra total de los grupos políticos y de los sindicatos en la Universidad y frente a los inorganizados, antes de reabsorberse él mismo. Es a través de todo ello que tomó cuerpo el tema de la autonomía; y en efecto, no es una novedad ahora en 1977, ya que fue adelantado desde hace mucho tiempo y de una u otra forma por diversos movimientos y corrientes libertarias o de ultra-izquierda.

Junto a la búsqueda de un espectáculo, la mayoría de gente que frecuenta las asambleas de los grupos autónomos -fuera de todo objetivo organizativo o político en sentido estricto- están ahí para reencontrar un sitio de intercambio de experiencias diversas que la oposición "política" está siempre a punto para neutralizar o recuperar en provecho propio; a un nivel de expresión que sea otra cosa que la caricatura del discurso del poder.

Por otra parte, tal interés tiene asimismo su origen en los elementos de radicalidad que marcaron en Europa toda una serie de movimientos sociales (Portugal, Italia, España) o de corrientes de resistencia al totalitarismo represivo y preventivo de los Estados. En sus aspectos más novedosos y más abiertos esos diversos movimientos a escala internacional hallaron la más resuelta oposición de los organismos de oposición (en España, en Francia, en Italia). El interés por los grupos autónomos se alimenta pues en la atención al carácter no-nacional o internacional de la resistencia al orden establecido y a las diversas formas de su reproducción.

Lo atestiguan los grandes y confusos reagrupamientos en Malville, Barcelona o Bolonia; las preocupaciones mundanas no estuvieron ausentes de ellos, pero su importancia reside sobre todo en las necesidades de intercambios, de análisis, de coordinación, que se han intensificado ahí y subsisten dando nacimiento a otros proyectos. Esos proyectos distan de manifestar una total independencia con respecto a las actitudes tradicionales o a las ideas de moda; corresponden por lo menos, al menos en parte, a esperas y búsquedas comunes que, en ciertos ambientes, tienden a liberarse de los esquemas centralistas y manipuladores.

Hay pues ciertamente un resurgimiento, incluso irregular y difícil de localizar, de una exigencia de independencia y de autonomía en las perspectivas, en los modos de intervención, en los terrenos donde la resistencia puede hacerse fuerte. ¿Halla esta exigencia el nivel de expresión que le corresponde en las prácticas y los discursos de los "grupos autónomos"? ¿O bien una manifiesta distancia que exige una crítica a la altura de las decepciones que se expresan cada vez más claramente al respecto?

Toda una serie de ejemplos muestran que las prácticas que han puesto en marcha o puesto en actos los grupos autónomos (de la región parisina o de otra parte, y por muchos otros antes que ellos) manifiestan el mismo esquema: oponer a una forma débil, pasiva, unos comportamientos políticos tradicionales, una forma *pretendidamente dinámica* y activa de los mismos comportamientos, del mismo género de intervención, en el mismo terreno; sin ninguna puesta en cuestión real a despecho de una pretensión encubierta, y con una señalada resistencia a las esperas o a las intenciones de debate: éstas, en las asambleas de autónomos, son regularmente minadas por la pasividad desanimada de la mayoría, y sobre todo por las parrafadas hiperpolíticas y las fanfarronadas perdonavidas de algunos. Puede asimismo verse que únicamente el *anti-izquierdismo* sirve aquí de terreno de concordancia y de reconocimiento mutuo, lugar común en que se concentran la agresividad y la frustración, la denuncia repetida de los izquierdistas sirviendo en último término como única reflexión colectiva.

La "victoria" de Malville.

Todo lo que se ha dicho sobre los acontecimientos de Malville por parte de los autónomos desemboca por lo esencial en hacer la distinción entre los organizadores ecologista-izquierdistas de la reunión, enemigos de la violencia cuando no es "de masa" o incluso de la violencia a secas, y sin embargo manipulando a los manifestantes de tal modo que éstos se han visto librados a ello sin defensa posible y, por otra parte, los *elementos autónomos*, preocupados por asegurar su propia defensa mediante sus propios medios y esforzándose además en aportar a los manifestantes, potencialmente supuestos dispuestos a todo, unas perspectivas "ofensivas", a la altura de los objetivos y de la importancia de la reunión.

Valía sin embargo la pena reflexionar sobre el carácter *indeterminado* y *global* de los motivos que hacían ir allí a gente de todas partes; nadie trató de enunciar tales motivos de manera "autónoma" con respecto al objetivo oficial y abstracto: alcanzar el sitio y "ocuparlo". Se contentaron con poner en cuestión la inconsecuencia "criminal" de los organizadores, la "fascistización" del poder o su "militarización", y la pasividad de los manifestantes.

Pero es muy probable que la mayoría de ellos sólo tuvieran ideas vagas sobre lo que significa la construcción de las centrales nucleares y de los super-generadores, y aún más vagas sobre la necesidad y sobre todo la posibilidad de imponer mediante la fuerza una ocupación del lugar, un día determinado, frente a las fuerzas del orden.

Sin embargo, tenían seguramente una motivación común, lo suficiente poderosa para que se desplazaran a través de Francia y de Europa y permanecieran juntos dos días y dos noches bajo la lluvia (I): acaso era para tomar parte en un acto de afirmación, de oposición colectiva a las prácticas del Estado, a un rechazo colectivo del propio Estado; no de todo Estado, todos no eran libertarios, sino del Estado que conocían directa o indirectamente y con el que se las tenían; del Estado como fuerza anónima, autoritaria, omnipresente, militar. Ese Estado, en Malville como en Kalkar, era aprehendido bajo la forma de Estado nuclear/ policía; pronto sería captado bajo la del terrorismo del Estado anti-terrorista en Alemania. Y es sobre esta base común de oposición que había que hallar formas de encuentro, de expresión, de intervención, que le correspondieran, por difícil que ello fuera.

Pero, aparentemente, los debates de Malville y del post-Malville trataron sobre todo del mantenimiento del objetivo y de la violencia; con excepción de algunas cartas en *Libération* y de algunos textos de *I.R.L.*, no lograron superar el nivel de las fórmulas pomposas y vacías, del estilo: “darse los medios...”, “llevar a cabo una acción 'ofensiva'...”, “un nivel de enfrentamiento a la altura de los objetivos...” (3). Y ni los heridos ni el muerto de Malville permitieron salir de la falsa alternativa violencia/no-violencia.

Falsa alternativa: no únicamente porque, como dicen los autónomos, la violencia está ya en la relación, impuesta por el Estado, en la ciudad, la vivienda, el trabajo, relación que engendra inevitablemente formas de resistencia particularmente violentas, lo que es indiscutible. Además, falsa alternativa *en el caso preciso de Malville* (y demás casos parecidos, manifs, etc.). Porque ahí los medios de la violencia están y siguen manteniéndose a un solo lado, el del poder; porque recomendar a los manifestantes, como algunos hacían, que llevaran máscaras, cascos, pañuelos, palos y cocktails, sólo podía ser ridículo y mistificador frente a unas fuerzas armadas, y no sólo con granadas ofensivas.

Malville y la muerte de Vital Michalon han mostrado ciertamente que el poder, no se "militarizaba" como se dijo, sino que estaba ya a punto para utilizar sus fuerzas militares y que se había preparado para ello meticulosamente: era cosa sabida, y el desarrollo de la Reunión de Kalkar hizo la demostración suplementaria. Pero los clamores de indignación que siguieron revelaron también algo que era visible sin embargo desde 1968: que los manifestantes "ofensivos" esperan del poder que respete una convención tácita, la de no hacer uso de las armas que posee y despliega, que permanezca al nivel de la demostración. Y cuando dispara (el primero es evidentemente el único a ir realmente armado), dicen que se militariza. Quienes convocan el enfrentamiento nunca evocan el caso en el que las fuerzas del orden, acorraladas, podrían sacar sus armas, ni los medios de plantarles cara: claro...

¿Por qué ese silencio, por qué esa ilusión o esa creencia en una convención imaginaria? Para poder seguir presentando como un combate real (que los no-violentos "rechazan" mientras que los demás fingen asumirlo, como si hubiera la posibilidad de optar) un género de enfrentamiento esencialmente ostensivo, político y alienado, que

sólo el Estado puede transformar en combate real favorable a él. Y todo eso, hoy, ¡bajo el signo de "la Autonomía"!

Nada sorprendente pues que Malville, en vez de ser una ocasión para clarificar las cosas, haya animado a muchos en las mismas actitudes estériles y las mismas mistificaciones (4). Hubo sin embargo tentativas para lanzar otra óptica más "autónoma" (5) sobre todo eso.

La institución "mani"

Así, algunos comprendieron que la reunión de Malville, tanto por parte de los "ofensivos" como de los no-violentos, se dejó llevar finalmente al escenario familiar de la manifestación de masa parisina: un desfile masivo y pasivo se hacía pasear de un lado a otro, sobre un recorrido más o menos conocido previamente, y acompañado por pequeños grupos que rompen algunas cosas, molestan un poco a la policía y evidentemente se dispersan cuando éstos intervienen en serio (6). Exactamente el esquema que se halló en la manifestación por K. Croissant.

Esta, como todas las demás, estaba encerrada desde el principio en el dilema: "mani" digna y "sin rebabas", paseo familiar/"mani" decidida, "ofensiva", en fin que obligue al poder (!) a mostrarse bajo su verdadera luz.

E incluso entre los autónomos, algunos han reaccionado finalmente a esta alternativa ilusoria y recusado la "violencia espectáculo", la "violencia demostración", su carácter "reactivo" con respecto a los izquierdistas, y la manipulación de los manifestantes por los propios "ofensivos" (7). Pero es preciso llegar a preguntarse lo que son hoy en día las "manis".

Por supuesto, se halla en ellas, como en Malville, gente muy distinta, y por una parte en el mismo acto de oposición global al Estado. Ello no impide que las "manis" formen parte ahora de los actos mayores del funcionamiento político normal (al lado de las elecciones, de los mítines, de los debates televisivos, etc.). En su desarrollo, en su recorrido, en su inscripción en el espacio urbano (movidos en 1968, pero restablecidos desde mucho después), las "manis" se han convertido en una *forma política tradicional*, integrada, previsible hasta sus "desbordamientos"; es una única e idéntica forma que se realiza en sus dos componentes "de orden" y de "desorden", de "servicio de orden" y de gente que rompe cosas. Y sobre todo, las "manis" están en su desarrollo ordinario pasivo/ofensivo completamente desconectadas del ambiente socio-urbano que ocupan, en una separación o incluso una oposición casi total con respecto a él. Ello no tiene ya nada que ver con la forma original de las "manis", expresión colectiva espontánea surgida en un terreno que la sostenía de punta a punta y le daba su sentido.

Ello significa que hoy los manifestantes ya sólo manifiestan por sí mismos y por el poder, o sea por los media: en pleno narcisismo político. En las manis, la izquierda mira al poder y los izquierdistas miran la izquierda, ambos instalan su servicio de orden y se manifiestan "con calma" para un público ausente; y a su vez los "autónomos" se manifiestan en la ofensiva para los izquierdistas, en el mismo momento, sitio, marco — salvo algunas diferencias en el uniforme. El sistema mani está ahora completamente a

punto, en sus dos versiones: sin incidentes y con incidentes (son los únicos datos, junto con el número de manifestantes, de que "informan" los media).

¿Se ha notado que en las manis "de masa", por ejemplo las del 1º de mayo o de la izquierda en general, las pancartas de los sindicatos, empresas, secciones de partidos, etc., son tan numerosas y cercanas que de todos modos no pueden ser leídas por nadie y sólo son útiles para los que las llevan, como los slogans sólo son útiles para quienes los gritan (según la ley del megáfono)?

Si hay aún gente en las manis, no es tanto porque sobreviva la esperanza de que "algo pasa" o que su sentido sea distinto de las anteriores; es más bien porque *la calle* queda para las manis, con la *Mutualidad* para los mítines y *la Universidad* para los A.G., uno de los escasos espacios banalizados, arreglados o abandonados por el poder, para que puedan juntarse en ella de manera controlable esos a los que priva, por otra parte, de toda posibilidad de constituirse ellos mismos en marco de acción común.

He aquí lo que no comprenden los "ofensivos" (militantes, estudiantes, marginales) que creen escoger esos espacios de intervención, cuando en realidad se limitan a verse relegados a ellos.

Lo que priva a los manifestantes de toda capacidad de significación "autónoma" es que no se concreta en ella una relación real entre una colectividad en acción y el ambiente al que se dirige y que reacciona a esta llamada (como en las manis de 1968 en Praga).

Ni los autónomos ni los izquierdistas, en su idéntica dependencia respecto a las formas políticas integradas, están a la medida de transformar la naturaleza de éstas. Ya los autónomos, insistiendo en las actitudes de los que ellos critican tanto, se felicitan por haber estado allí, haber podido gritar "sus" slogans, haber estado "presentes", o sea vistos por los demás, señalados, comentados por sus adversarios y por los media (8). Y sus justificaciones teóricas presentadas como debates de fondo se casi todas a un solo y único argumento, irrefutable en sí: *la inutilidad de las manis de miseria*. Pero la inutilidad de las manis de miseria no prueba menos la utilidad de las manis "con incidentes", conflictos o degradaciones de escaso alcance.

Para evitar todo malentendido: tomar acta de ciertos actos violentos como significativos de un nivel de desintegración del orden establecido, es una cosa. Teorizar estos actos y recomendarlos elevándolos al nivel de conductas portadoras de maravillosas capacidades de subversión global y generalizada (como lo hace el discurso de los autónomos) es todo lo contrario (9). Identificándolos al "Movimiento Revolucionario", se acaba en realidad haciendo de estas acciones un criterio para distinguir quienes están al lado del orden y quienes están contra.

El "camarada Baader".

En las posiciones de los autónomos sobre las acciones del tipo NAPAP (Núcleos Armados Proletarios), FER (Fracción Ejército Rojo) o Brigadas Rojas se nota en efecto dos preocupaciones mayores: señalar bien que los grupos o los individuos que los practican son "revolucionarios auténticos", "camaradas" (10), y subrayar que estas

acciones tomen su lugar en "El" Movimiento, incluso si se cree bueno evocar a continuación algunas consideraciones críticas (11).

Pero reivindicar la calidad de "revolucionario" para otros no tiene mucho más sentido que cuando uno lo hace por sí mismo. Evidentemente, es aún una manera de tomar a contrapié a las organizaciones izquierdistas-leninistas, que sólo aceptan la violencia debidamente controlada por "el partido auténtico de la clase obrera", o sea por ellos mismos; pero se está habituado a ver a los grupos de extrema izquierda disputarse esa cualidad y acusarse recíprocamente de contra-revolucionarios; esas reivindicaciones y esos anatemas no presentan interés alguno. Es pues notable que gente que se dice autónoma, libertarios incluidos, crean marcar una ruptura al reencontrar las actitudes familiares de los politiqueros de extrema-izquierda. Y ello en nada ayuda a comprender la naturaleza de los actos de la FER.

Es un hecho que no hubo en Francia sobre el tema un debate comparable al que se desarrolló en Alemania, pese al clima de hostilidad organizada (artículos, recopilaciones, octavillas, como los de los Mescaleros de Göttingen). Razón de más para prestar atención a los análisis que han podido hacerse aquí. Estos han avanzado esencialmente dos temas:

1. Incluso si se acepta el distinguir entre esas diversas acciones (ordenador militar, Schleyer, rehenes de Mogadiscio, se subraya ante todo que el aislamiento y la militarización de la gente de la FER se debe en último término a la dimisión de los revolucionarios (12). Esta posición que se halla ya a propósito de las acciones de los GARI (ver "La Lanterne noire" n° 3) equivale a decir: si estamos o están solos, no es debido al género de acción que escogieron, es porque los demás no les siguen, son los demás quienes son responsables. En vez de analizar la naturaleza de esas acciones, se denuncia... (y que lo entienda quien pueda lo que podrá ser un revolucionario que dimite).

2. Y si algunos revolucionarios (FER, NAP) han caído de nuevo en los esquemas del viejo movimiento (brazo armado, núcleo del futuro partido) y se han encontrado solos, las condiciones de hoy son distintas, atestiguan que "el Movimiento está a punto y capaz, sin esperar el permiso de los izquierdistas, para defender sus necesidades asumiendo masivamente un alto nivel de enfrentamiento con el Estado... de modo que en su conjunto pueda reconocerse en cada acción violenta llevada a cabo por pequeños grupos" (13).

Pero la fuerza y extensión del Movimiento ¿puede garantizar que no se vuelva a caer en el cara a cara con el Estado? La respuesta es no:

"El movimiento (o sea, las luchas populares y obreras, las dinámicas organizativas que suscitan) existe, tiene sus plazos (?) y sus puntos de fuerza (...) Sólo una relación política establecida entre las estructuras militares y el movimiento mismo permitirá poner de acuerdo los plazos de sus componentes (?) en el terreno de la violencia. Es la relación con las necesidades expresadas por los distintos sectores de lucha que permitirá evitar la emergencia de estructuras político-militares clandestinas y aisladas sobre su propia práctica. Los estudiantes, los jóvenes, los parados, las mujeres, los obreros, los inmigrados tienen que afrontar todos los días una serie de violencias

(...) y no es la llamada a un brazo armado que les permitirá afrontar este terreno en la facultad, en la fábrica, en la sociedad.

No subestimamos las dificultades que este tipo de problemas plantea y sigue planteando a las instancias políticas (?) de la autonomía obrera y proletaria. La cuestión del control político absoluto (?) de las instancias de luchas sobre el grado de violencia que han de desplegar para defenderse y para consolidar lo conseguido, sólo puede ser resuelta y planteada en términos no-terroristas en la medida en que surge entre militantes implicados directa y políticamente en las luchas. Esa es la garantía (rev. "Camarades", número 4-5, pág. 29).

Así, el militantismo y el militante reencuentran, con esta perspectiva de control político absoluto... sobre la violencia, una nueva juventud. Si se trata de decir que la gente que lucha está mejor situada para saber si su resistencia tomará una forma violenta y cuál, no hay más que estar de acuerdo y llamar a eso: la autonomía.

Pero este inquietante galimatías, desarrollado a propósito de las acciones estilo FER y NAP, que evocan la relación política entre las estructuras militares y el movimiento, bordea cuidadosamente la cuestión principal: ¿en qué esas acciones violentas indican a los militantes o a los no-militantes el sitio y la forma de una intervención real, susceptible de extensión, ecos, consecuencias, "autónoma" y capaz de transformar en el sentido de una mayor autonomía sus relaciones de fuerza que las oprimen más o menos violentamente?

Es la pregunta que se plantearon en Alemania y fuera de ella quienes, sacudidos por los casos Lorenz, Buback, Schleyer, Mogadiscio, Stammheim, etc., se preguntaron por la naturaleza de estas acciones y la continuidad que había entre ellas, histórica y teóricamente.

Lo que les condujo a percibir, particularmente en la toma de rehenes de Mogadiscio, *una violencia simétrica a la del Estado y de idéntica naturaleza que ella*: la que se apodera de individuos que carecen de su responsabilidad social y política y que, en nombre de la responsabilidad que habrían tenido que tomar pero sin darles medio alguno de reapropiársela, trata a esos individuos exactamente como lo hace el poder: como objetos, como instrumentos para obtener un puntual retroceso de éste (14).

Más bien que comprometerse a su vez en este debate, los autónomos hallaron más urgente el gritar: "Sí, Baader era un camarada" y atacar al diario *Libération*.

¿"LIBERATION", COMPROMISO POLITICO?

Si uno se cree a los autónomos (ver por ejemplo 'Front Libertaire', número 77), la ocupación de 'Libération' habría manifestado bajo otro aspecto la irrupción de la Autonomía en la vida política anti-política. *Libé*, Juli se habían portado mal con respecto a Stammheim y hacia los autónomos, la medida estaba colmada.

De notoriedad pública, *Libé* se había puesto en juego en el mercado de la prensa con el apoyo militante y financiero no sólo de los lectores habituados sino de colaboradores que deseaban contribuir a un trabajo de información completamente distinto de las páginas de la prensa burguesa (ver la experiencia de las APL). *Libé* se había pues instalado en el terreno de la información en un sitio situado en la

encrucijada de lo político, de lo social, del militatismo de extrema-izquierda y del anti-militatismo, de lo cotidiano vivido, de la cultura y de la moda radicales. Esta nueva función, *Libé* la ocupó de modo asimismo específico, sin los recursos habituales de los órganos de prensa y sobre la base de una relación más o menos mística entre el diario, sus colaboradores y sus lectores. Una vez puesta en marcha la institución, no podía sino doblegarse a las exigencias de un funcionamiento "profesional", lo que fue el gran viraje de *Libé*, consagrándolo como un diario al lado de los demás, casi como los demás. Este desarrollo no dejó de suscitar frustraciones, decepciones, rencores, tanto entre algunos colaboradores que se encontraron en una posición subalterna como entre no pocos clientes. Entre todos quienes habían atacado, en un momento u otro, las "estructuras" del diario (dirección, jerarquía, división fija del trabajo, especialización, imperativo de producción). La cosa quedaba clara para muchos.

De modo que los responsables de *Libé* habrían tenido que estar agradablemente sorprendidos, a fin de cuentas, de ver que algunos lectores (los autónomos) tomaban aún el diario al pie de la letra, en cierto modo, y lo situaban de manera ante todo política con respecto al "Movimiento" (incluso si era para denunciar la "traición", la colusión reformista, etc.). Pero si todo diario vive de la ingenuidad de una parte de sus lectores, ésta no es eterna, son los riesgos del oficio: precisamente los que pretenden ser como profesionales no tienen evidentemente motivo de queja.

Queda pues establecido que para sus lectores *Libé* sólo es un instrumento (y un objeto de consumo) eventualmente utilizable en unos límites bien fijados y para una franja del medio radical o contestatario; todo puede hallar un eco en él (izquierdismo, marginalidad, luchas sociales, elecciones, Programa común e incluso la autonomía), pero un eco teñido del tono "*Libé*". Además, el azar, la moda y también las preocupaciones de algunos colaboradores permiten a veces hallar en él, al lado de informaciones de interés local, la expresión de problemas importantes: los disidentes, la China, por ejemplo.

Pero la relación recíproca de explotación y consumo entre *Libé* y sus lectores ya no es modificable. Si ha sido posible clarificar en una débil medida los problemas que ello plantea con la gente de *Libé*, no es gracias a los autónomos. *Libé* no es o no es ya un compromiso autónomo, de expresión, de información, de comunicación. Los ocupantes de *Libé* han tenido que constatarlo finalmente, aunque al parecer sin tomar conciencia de su propia dependencia con respecto a ese diario ni a los media en general. Interpelando a *Libé* sobre el modo cómo habían sido presentados Stammheim y la FER, pero sin preguntarse sobre la naturaleza de las acciones o empresas que hasta tal punto dependen de la presentación que de ellas se da (y que son pues todo lo contrario de la autonomía). ¡Es por ello que los profesionales de *Libé* se carcajean ante esos ocupantes que les hicieron una publicidad inesperada al lanzarles invectivas en nombre de los intereses del "Movimiento"! ¿Qué movimiento?

¡Atención! ¡Movimiento!

La ocupación de *Libé* se había presentado como "la primera acción del movimiento que se ha constituido estos últimos días" (*Libé*, 25-10-1977). Todas las

declaraciones y textos de las asambleas y de los grupos autónomos sin excepción hacen abundantes referencias al "Movimiento Autónomo" (con dos mayúsculas). Si se le nombra, ¿será pues que existe?

En cantidad, a niveles masivos: "la autonomía parisina son ciertamente hoy varios millares, acaso varias decenas de millares de personas" (en "Front Libertaire", nov. 1977). En naturaleza: las acciones de los "parados, estudiantes, jóvenes, mujeres, obreros, inmigrados", anti-nucleares, squatters, etc. En teoría: la constitución o "recomposición" dé un "nuevo sujeto político de clase", "el obrero-masa", ver la definición antes reproducida (del nº 6 de "Camarades").

Se está evidentemente de acuerdo en que tales luchas existen y que esos movimientos, que conocen un desarrollo real aunque irregular, subrayan en un momento dado los aspectos más invisibles de una sociedad invivible, aquellos en que la intervención es más necesaria para quienes pueden estar directamente presentes en ellos.

Pero ¿qué aporta el hacer en abstracto la suma de las distintas luchas llamándolas "el Movimiento"? ¿Es para imitar a los alemanes y sobre todo a los italianos? Pero es sabido que en esos tres países las condiciones son todavía distintas y que aquí, por el momento, las luchas permanecen separadas; "los estudiantes, las mujeres, los inmigrados" se encuentran apenas y no hacen nada juntos, no intervienen del mismo modo en tanto que grupo. Para que esas grietas y esas oposiciones sean puestas en cuestión prácticamente, es evidentemente preciso que las luchas se desarrollen y se extiendan hasta el punto que sus objetivos distintos, sus lenguajes estanco, acaben por encontrarse y transformarse en una dirección común. Cosa que en parte se inicia en las reuniones con 10 la de Malville. Pero, como tal, ese movimiento unitario no existe aún aquí, como tampoco la autonomía es desde ahora la indiscutible señal de las luchas de los obreros, de los inmigrados, etc., de los estudiantes o de las mujeres.

Ni el sortilegio del Movimiento Autónomo, ni la teoría del obrero-masa (que practica auto-reducciones, fraudes, trampas, ocupaciones, etc.) pueden substituir ese movimiento unitario ni suscitarlo: al contrario. Los movimientos de este tipo que han existido históricamente (o los movimientos revolucionarios) hallaron siempre un obstáculo en las representaciones o llamamientos que estaban desfasados con respecto al nivel que habían alcanzado realmente. Ya que encubrían, mistificándolos, los límites reales que subsistían.

Hacer la teoría de un Movimiento Autónomo que no existe *para que exista*, presentándolo como presente ya, es condenarse a desarrollar un discurso que presentará, quiérase o no, todos los defectos de la ideología: abstracciones, evitamiento de las confrontaciones, en caso límite rechazo charlatanesco de todo discurso como político... como se ve en el inenarrable funcionamiento de las Asambleas Generales de autónomos. O en los imponente análisis en que el Capital aparece enfrentado con otra entidad de su talla: "El Movimiento".

En tanto que mito de extrema-izquierda, el Movimiento Autónomo nada tiene de autónomo. Reproduce y refuerza la dependencia con respecto a los esquemas tradicionales, a los slogans vacíos, a los media, a la ideología. En contrapartida, la autonomía es un objetivo para todos quienes quieran el desarrollo de prácticas

colectivas no manipuladas, liberadas de la tutela de organizaciones autoritarias; es un rasgo que puede señalar esas prácticas en su objeto, su terreno, su forma, sus relaciones mutuas. La autonomía no puede pues ser una fórmula, una "consigna", una referencia ritual. En las luchas existentes, se trata, para quienes en ellas participan, de mostrar lo que es autónomo y lo que no lo es. Si la reflexión acompaña la experiencia, ésta puede entonces evitar el ser tergiversada, utilizada, recuperada.

París, enero 1978.

NOTAS

1. "Fui a Malville por el gusto de estar con la chica que me gusta, por la desobediencia, por la rebeldía cotidiana" (Informaciones recogidas en Lyon - IRL, nº 16, pág. 11).

2. Ver también IRL, pág. 14, o "Libération" 21.9, "Los autónomos después de Malville", donde se atribuye a 50.000 manifestantes el objetivo "político" de alcanzar el sitio y "a muchos" una voluntad de enfrentamiento; aunque rechazando la idea de que tales enfrentamientos pudieran servir al poder, este texto constata a continuación que "el Estado trata de arrastrar al movimiento a un ritmo de violencia en el que está seguro de ganar por el momento (...)" ¡Lógica autónoma!

3. *Ibíd.*

4. En "Camarades", nº 6: "Malville ha recompuesto brutalmente (!) a todos quienes partieron a la deriva desde 1972"

5. Ver IRL nº 16.

6. Ver la descripción de J.M.L.L. en *Libé*, 24.11.

7. Ver el texto (*Libé*, 21.11.77) titulado: "Espacios infinitos se abren a la autonomía"

8. *Libé*, 21.11, declaración de la AGPA: "Hemos querido afirmar una presencia política en la respuesta a la extradición de K. Croissant".

9. Ver suplemento pirata del "Monde diplomatique", nov. 77: "La izquierda y la extrema-izquierda francesa frente a la Bande à Baader".

10. Ver los slogans de la mani Croissant, "Lucha armada y autonomía obrera" ("Camarades" 4-5) y "Front Libertaire" nov. 77: "Los militantes de la FER son revolucionarios de pies a cabeza (?) hacia los que es necesario desarrollar una solidaridad efectiva".

11. "La emergencia de la violencia es un hecho del movimiento" (en "Camarades", número 4-5).

12. "Front Libertaire", nov. 77, pág. 9. "L'Injure Sociale" por su parte es aún más expeditiva: "El problema no es el ver dónde está lo positivo y dónde está lo negativo en las actas de la FER y sus resultados (...). Resabios de viejas teorías leninistas y tercer mundistas han dado a luz una chispa de revuelta y de rechazo (...). Su bastarda teoría carece de todo interés". Nº 4-5.

13. Ver "Camarades", 6, pág. 9.

14. Ver, por ejemplo, "Pflasterstrand" nº 17, oct. 77 ("Fragmente aus unsere Köpfen"), y las octavillas nº 1 ("Buback, ein Nachruf") y 3 ("Schleyer, kein Nachruf") de los Mescaleros de Göttingen.



SOBRÈ LA AUTONOMIA OBRERA EN BARCELONA

SOBRE LA AUTONOMIA OBRERA EN BARCELONA

El objeto de estas notas es situar lo que el concepto de autonomía obrera ha revestido durante estos últimos años en Barcelona, y lo que reviste hoy. Para ello partiremos de una distinción, algo ficticia, a veces tenue, a veces clara, entre acción autónoma del conjunto de la clase obrera, y grupos militantes reclamándose del movimiento autónomo, o artífices de un discurso sobre la autonomía y de una práctica autónoma de partidos y sindicatos. Esta distinción es clara cuando estos grupos no son ya una fracción de la clase obrera, la más radical, sino simplemente núcleos de acciones esporádicas, predominando las tareas de publicación.

.....

Reaccionando frente a la práctica reformista y burocrática de CC.OO., y frente al "leninismo" mismo (1), se afirman, por los años 70, una serie de grupos, con y sin siglas, que intentan impulsar la autoorganización de la clase obrera en torno a planteamientos anticapitalistas. Partiendo de la crítica al partido como grupo separado que desde fuera ha de introducir la conciencia a la clase y cuyo objetivo es la toma del poder político, y de la crítica al sindicato como correa de transmisión, aparato de control y encuadramiento, y pieza clave para la reproducción capitalista, se pretende agrupar a los obreros en torno a plataformas antisindicales y anticapitalistas.

Este denominador común agrupa a una serie de grupos muy distintos; desde núcleos con militancia individual en algunas fábricas, hasta pequeñas organizaciones con centralismo democrático..., desde autónomos críticos de la misma autonomía, hasta profesionales de la autonomía como una nueva organización.

De todas formas en su conjunto, y simplificando, su discurso rompe verbalmente con el izquierdismo; entiende, por ejemplo, la formación social instaurada en la URSS, como capitalismo de estado y no como socialista con estado obrero degenerado; entiende el capitalismo no solamente como propiedad privada de los medios de producción sino como modo de producción de mercancías, de valores de cambio, y habla por tanto de la revolución comunista como destrucción del asalariado y del Estado.

Su práctica, queriendo ser autónoma de partidos y sindicatos, seguía la de éstos, criticándola y radicalizándola cuando podía, pero sin poner en cuestión el mismo tipo de intervención; reproduciendo el substitutionismo que criticaba queriendo dar como ellos respuestas globales a todos los problemas, organizándose en comités de apoyo... Jugando en el mismo terreno, siempre un poco más a la izquierda, no hacía más que fortalecerlos.

Rompiendo verbalmente con el izquierdismo, quedaba prácticamente anclado en él, al no llevar consecuentemente la crítica del capitalismo y del reformismo hasta una posición comunista, es decir crítica real del Capital. Su anticapitalismo se diluía en socialismo autogestionario o consejista, al entender el capitalismo como modo de circulación o de gestión. La autogestión aparecía así como una afirmación comunista y

no como una moderna afirmación capitalista. Su antisindicalismo se quedaba en una crítica a nivel de formas organizativas y por tanto en una crítica antiburocrática, dando a la autoorganización un valor en sí, sin discutir su contenido. Las luchas obreras se valoraban sólo por el grado antiburocrático que manifestaban, por su autonomía respecto a partidos y sindicatos, pero no por su contenido. Autoorganización, autogestión, en el fondo solamente se oponían pues a burocracia, y por tanto no representaban un paso fundamental en afirmación comunista.

Con la legalización de los partidos obreros y de los sindicatos, estos grupos se diluyen. Muchos de sus militantes abandonan toda práctica de grupo y abandonan sus anteriores análisis y planteamientos, mostrando un total escepticismo respecto a cualquier tipo de intervención. Otros ideologizan esta posición, "pasando" de todo. Otros intentan comprender y criticar su pasado, buscando otras formas de intervención. Otros entran en CNT, que viene, en parte y con retraso, a ocupar el lugar dejado por los anteriores grupos autónomos, reproduciendo su izquierdismo pero con un inconveniente que ahora se trata de un sindicato (2). Otros continúan reagrupándose en torno a los mismos planteamientos "autónomos" anteriores, pero con el empeño ahora de organizar esta autonomía. En lugar de criticar su pasado, lo insuficiente de su análisis del Capital, lo convierten en ideología. El nuevo discurso "autónomo" que así aparece, no es ya el balbuceo cuestionador anterior, sino un enmascaramiento de la crítica del capitalismo:

Así, de tanto hablar de reestructuración capitalista, continúan viendo el capitalismo desde el punto de vista de la circulación y no del de la producción. Entonces la autogestión obrera es una lucha anticapitalista y las formas, organizativas - anti burocráticas- pasan a ser contenidos -anticapitalistas. Todo queda reducido a una lucha contra la burocracia, contra la representación, y por la democracia directa.

A fuerza de hablar de la violencia del Estado y de la organización contra esta violencia, confunden Capital con Estado. Al fijar la lucha contra el Estado, contra sus fuerzas represivas, como primordial, olvidan que el capitalismo es un dinamismo social que se alimenta de la participación de la misma clase obrera en esta esfera política. Como antes la autoorganización, es ahora la violencia el baremo de la lucha de clases.

A falta de revolución comunista: reformismo de la vida cotidiana. Ante la ausencia real de la revolución, estos grupos idealizan como revolucionaria cualquier lucha de nuevo tipo en el ámbito de la vida cotidiana: ecologismo, feminismo, marginalidad... viendo aparecer continuamente nuevos sujetos revolucionarios que vendrían a realizar la tarea comunista que Marx asignara en el s. XIX a la clase obrera. En lugar de intentar descubrir lo que hay de movimiento real de ruptura en tales luchas y en tales fracciones del proletariado, fetichizan lo que ya es ideología. Con todo esto, se ahorran de ponerse el problema central: la ausencia hasta hoy de la revolución comunista.

.....

Vamos a fijarnos ahora en la actividad autónoma de la clase obrera en España durante estos últimos años. Su autonomía respecto a los aparatos de encuadramiento y

control sindicales y políticos, aparece continuamente. La asamblea como único órgano decisorio, con sus delegados revocables, marecen en la mayoría de los procesos de lucha, intentando afirmarse en contra las incipientes burocracias sindicales. Más, las luchas desbordan el marco de la empresa y se dan un poco por todas partes. En los barrios, las reivindicaciones por mejores equipamientos, mejores transportes... son llevadas a cabo directamente por los propios interesados, sin mediaciones, autoorganizándose, quedando marginados los aparatos de control y de representación que son más débiles al no tener una estructura sindical como en las fábricas. Y en otros muchos sectores: mujeres, estudiantes, presos..., se afirma la autoorganización de sus luchas por los interesados mismos.

Con la legalización y fortalecimiento de los partidos obreros y de los sindicatos, este movimiento autónomo experimenta un cierto reflujo. En los barrios, la actividad de los partidos de izquierda y de extrema izquierda, hacia el control del voto, ha fortalecido la pasividad de los obreros. Las luchas en las empresas son más encuadradas, más manipuladas, por los sindicatos, aunque continuamente corren el riesgo de ser desbordados y muchas veces lo son.

El conjunto pues de toda esta actividad de la clase se nos aparece como autónoma respecto del sindicato, pero esto no quiere decir que sea autónoma respecto al Capital. Idealizar estas luchas, como hacen los grupos autónomos, quedándose al nivel de las formas organizativas y no pasar al nivel de los contenidos, es un engaño que nos impide ver la fuerza real de la clase. Una lucha llevada a cabo al margen de los sindicatos puede ser tan sindicalista, tan reformista, como la más encuadrada, si no apuntan ya, Junto con las nuevas formas de autoorganización, contenidos que miren hacia la destrucción del trabajo asalariado.

Hablamos de autonomía respecto al Capital y de contenidos anti-asalariados. Esto requiere una mayor explicación. Evidentemente, estas luchas autónomas respecto a los aparatos de control, llevadas a cabo por los mismos obreros y para ellos mismos, son luchas dentro del marco capitalista, es decir que no se proponen directamente la abolición del asalariado y el comunismo. Pero sí que pueden aparecer, y aparecen, contenidos que aunque expresados en reivindicaciones limitadas, apuntan ya contra el Capital. No se trata de que unas reivindicaciones sean integrables y otras no --todas son hoy integrables por el Capital—, pero mientras unas lo interiorizan y le dan soporte, otras introducen elementos críticos a la totalidad del sistema de explotación y dominación capitalista.

De igual modo, si hablamos por separado de formas y de contenidos, no es para oponerlos, pues se funden en el movimiento de lucha, sino para ver la fuerza del movimiento. Forma y contenido, autoemancipación y autodestrucción, son para el proletariado las dos caras de una misma moneda: la revolución comunista. Separando estas dos caras, mirando sólo la autoorganización, el Capital con sus partidos y sindicatos obreros, puede llegar a conceder todo a la clase trabajadora: autogestión, Estado obrero..., etc., menos que deje de ser clase trabajadora. Pero el comunismo no es la gestión del Capital por representantes de la clase obrera o por la propia clase obrera (capitalismo de Estado o consejismo) sino la destrucción del Capital y por tanto la

destrucción del proletariado como tal, y el comienzo de una actividad diferente: la realización de la comunidad.

.....

Intentemos ahora poner más explícitamente algunos de los problemas, de las cuestiones, que nos han surgido a lo largo de estas notas críticas, fundamentalmente la cuestión de *la ausencia de la revolución y la de la fuerza real de la clase*, aunque no sepamos avanzar ninguna solución. Pero esto no invalida la perspectiva crítica que hemos adoptado, aunque no tengamos alternativas. No tener otra cosa a proponer, no saber que camino coger, no es razón para hacer "algo", para recorrer caminos conocidos que sí sabemos ya a donde van.

El proletariado en el proceso hacia su autoemancipación se ha autoafirmado, no se ha negado, no se ha autodestruido, no ha llevado —salvo en contados momentos— una actividad autónoma respecto al Capital. Ha sido beligerante en las dos últimas guerras mundiales; lo hemos visto encuadrado en organizaciones estalinistas; lo hemos visto mantener la Economía, trabajando para consumir cosas de nulo interés;... Lo hemos visto luchar por intereses que no eran los suyos: la democracia, en un terreno que no era el suyo: la guerra interclasista. Lo hemos visto también luchando contra el Capital, rechazando el trabajo, pero en asaltos... que se paran. Y otros que no empiezan. ¿Por qué no empiezan? ¿Por qué se paran? Hemos visto como, en el punto más alto de la lucha, los vencedores se rendían a los vencidos: julio 1936.

En ausencia de la revolución comunista, el Capital se ha reproducido hasta la barbarie actual, generalizando al proletariado. En esta situación ¿qué quiere decir llevar a cabo una actividad autónoma del Capital? ¿qué quiere decir llevar a cabo una intervención comunista? ¿qué quiere decir ser revolucionario? ¿qué sentido tiene todo esto?

Hoy la clase en su conjunto sabe que en y con sus luchas no va al asalto del todo. No se engaña. No es que no tenga conciencia, que no sea consciente de su explotación por el patrón y por el Estado, y por la Economía. No hay pues lugar para los grupos que le quieren aportar conciencia. Le sobra conciencia y le sobran dirigentes. Le falta fuerza. Prefiere aún, por el momento, la seguridad de su vida poco atrayente, poco apasionante, al riesgo, a la osadía de la libertad y de la comunidad. Con todo, algunas fracciones resisten, atacan, pero rápidamente son aisladas del resto de la clase, son reducidas a ghetto. El Capital divide continuamente al proletariado: hombres-mujeres, jóvenes-viejos, empleados-parados... Algunos se agrupan y recubren la ausencia de la revolución con la desesperación: terrorismo arcaico y moderno. Pero en su aislamiento, el Capital siempre es más fuerte.

Es a partir de todo esto que querríamos situar el problema de la intervención. ¿Qué espacio (en el sentido de intervención fuera de la política institucionalizada pero dentro de lo macrosocial) nos queda a los que sin poder entrar ya en el espectáculo de la representación política (sin ser demócratas de toda la vida) apostamos por el comunismo —por la posibilidad de la comunidad— siéndonos más impensable la

continua reproducción de lo mismo que la ruptura radical? *¿Qué espacio puede configurar* esta pasión por el comunismo, esta paciencia que no descansa atenta al nuevo asalto proletario, a las rupturas que determinadas fuerzas sociales introducen...? *¿Qué espacio puede configurar* éste resistir al engaño de las nuevas ideologías del Capital -que con tal de mantener el proletariado puede hablar de autogestión, de vida cotidiana, de autogestión de la vida cotidiana, de ecologismo, de feminismo...- rompiendo mil lanzas contra ellas para desmenuzarlas y hacerlas aparecer como lo que realmente son: trampas para la participación, para el mantenimiento del asalariado?

Encontrar este espacio de intervención continúa siendo nuestro empeño.

Barcelona, 1979

NOTAS

(1) Aquí debe entenderse por "leninismo" el "Qué Hacer". Era en contra de la concepción kautskyana sobre la aportación de la conciencia desde fuera al proletariado recogida en el "Qué Hacer" por Lenin, que estos grupos reaccionaban. No se trataba pues de una crítica a la raíz del leninismo.

(2) Con esto no pretendemos soslayar una discusión larga acerca de C.N.T. Lo que es y lo que puede ser. Sólo recogemos este dato, o mejor esta interpretación, en relación a los "autónomos" que se afiliaron a la confederación.

Este texto puede ser reproducido en la manera que se considere oportuna.

OTROS TEXTOS PUBLICADOS:

CRITICA DE LA POLITICA:

1. Glosa Glosas marginales al artículo: "El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano". *Karl Marx.* 40 ptas.
2. Un mundo sin dinero: el comunismo 40 ptas.
3. La ilusión democrática. A. Bordiga. 40 ptas.
4. El Estado visto por K. Marx. M. Rubel. 40 ptas.
5. Marx anarquista. M. Rubel. L. Janover. 40 ptas.
6. Sobre la servidumbre voluntaria. La Boétie. 75 ptas.

CRITICA DE LA VIDA COTIDIANA:

1. Sobre la delincuencia. Colectivo Margen. Barcelona. 35 ptas.

HISTORIA CRITICA:

1. Reproducción facsímil del periódico "El Amigo del Pueblo" y diversas octavillas y textos de "Los Amigos de Durruti" 300 ptas.
2. Bilan". Textos sobre la Revolución Española. 1931-1938 125 ptas.

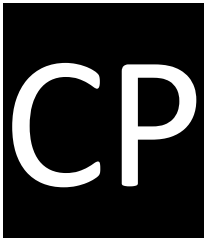
OTROS TEXTOS A PUNTO DE APARECER:

CRITICA DE LA POLITICA.

La Comunidad. *R. Bremond.*

CRITICA DE LA VIDA COTIDIANA.

Contra el trabajo. *Colectivo.* Barcelona.



7